41

ENRIQUE F. GUTIÉRREZ-ROIG

LA RECONQUISTA

VODEVIL EN TRES ACTOS

VERSION CASTELLANA

Original francés de Blum y Toché.

TEATRO PRINCIPAL
BARCELONA

Copyright, by Enrique F. Gutiérrez-Roig, 1917

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

—

1917

TEATRE PALAU DE LA
MUSICA
BARCELONA

LA RECONQUISTA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA RECONQUISTA

VODEVIL EN TRES ACTOS

versión castellana de

ENRIQUE F. GUTIÉRREZ-ROIG

Estrenado con éxito enorme en el TEATRO ESLAVA de Madrid,
el día 3 de Febrero de 1917

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.

TELÉFONO, NÚMERO 551

1917

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MAXIMINA RIPAMILAN.....	Irene Alba.
LA ANDALUCITA.....	Concha Catalá.
LOLA RIPAMILAN.....	Joaquina Almarche.
FLORA.....	Pilar Lobo.
UNA CRIADA.....	Balbina Eguilaz.
CASTO RIPAMILAN.....	Alberto Romea.
CAMPILLO.....	Pedro Sepúlveda.
LUIS MOREDA.....	Manuel París.
FRANCISCO.....	Manuel Caba.
CARRASCOSA.....	Pablo Hidalgo.
JUAN.....	Octavio Prieto.
LEANDRO (No habla).....	Carlos Gómez.

La acción en una capital de provincia.—Epoca actual

Derecha e izquierda, las del artista

ACTO PRIMERO

La escena representa el anticuado despacho del director de la casa de banca Ripamilán y Compañía. A la derecha, puerta, de mam. para verde, que comunica con la oficina. A la izquierda, puerta de acceso al interior de la casa. Al fondo un balcón. A la izquierda del balcón una caja de caudales y cerca de ella la mesa de despacho, llena de papeles, libros de caja, anuarios comerciales, cartas, etc. Gran escribanía, plumas y lapiceros. A la derecha del balcón, una mesita para un escribiente, también abarrotada de papeles. Butacas y sillas de forma antigua, forradas de reps o de terciopelo rojo muy usado. El tono general del despacho triste, antiguo y provinciano. En la pared, teléfono.

ESCENA PRIMERA

FRANCISCO y CARRASCOSA, luego MAXIMINA

Al levantarse el telón, Francisco está escribiendo, en la mesita de la derecha

Fran. ... y llevo cuatro... Suma total 427.643 pesetas con 13 céntimos... ¡Quién tuviera este capitalito! No estaría yo de escribiente en una casa de banca, no... ¡Felices los que tienen dinero!...

Car. (Entrando de la oficina.) Francisco...

Fran. ¿Qué ocurre?

Car. Aquí traigo estas cuentas para que las vea en seguida el señor Ripamilán, pero pronto.

Fran. Don Casto salió esta mañana y aun no ha vuelto.

Car. Pues que las vea entonces su señora, lo mismo da que las vea doña Maximina que don Casto. (Vase derecha)

Fran. Pocos asuntos y con prisas.

Max. (Entra por la izquierda, vestida de oscuro, con manguitos negros y una pluma de escribir en la oreja.) ¿Con quién hablaba usted, Francisco?

Fran. Con Carrascosa. Ha traído unos estados de cuentas para que los examine don Casto. ¿Si quiere verlos la señora? ..

Max. Démelos usted. (Se sienta ante la mesa de la izquierda. Francisco le presenta las cuentas.) ¿Las ha repasado?

Fran. No he tenido tiempo, señora.

Max. ¡Nunca tienen ustedes tiempo para nada! (Repasa las cuentas.)

Fran. Como somos pocos empleados...

Max. ¡Silencio! Por muchos empleados no marcha mejor una casa de banca... Y acostúmbrese usted a no replicar.

Fran. Dispense la señora...

Max. Dispensado.

Fran. (Dirigiéndose a su mesa.) ¡Es mucho más inaguantable que su esposo!
(Pausa larga.)

Max. Francisco, llame usted a Carrascosa.

Fran. (Abriendo la mampara.) Carrascosa... haga usted el favor de venir.

Max. Este Carrascosa es una nulidad... Yo no comprendo una torpeza semejante (Entra Carrascosa.) Pero hombre de Dios, ¿dónde tiene usted los sentidos?

Car. ¿Cuál de ellos, señora?

Max. El de hacer cuentas, por ejemplo. Aquí hay un error de tres pesetas sesenta céntimos...

Car. Ya lo sé, señora, pero...

Max. ¡No hay pero, ni albérchigo que valga! Usted ha debido recibir noventa mil siete pesetas cero céntimos y aquí no aparecen más que noventa mil tres pesetas cuarenta céntimos, por lo tanto, salvo un error u omisión, faltan tres, treinta, ¿dónde está esa suma?, mejor dicho, ¿esa resta?

Car. No lo sé, señora, he multiplicado mi actividad para hallarla y me he dividido el cerebro en vano.

Max. ¿Y por qué falta esta cantidad?

Car. ¡Porque no la encuentro, doña Maximina!

Max. Perfectamente... Se le retendrá a usted esta cantidad, cuando se le pague el salario.

Car. De ninguna manera.

Max. ¿Prefiere usted salir de esta casa? ¡Escoja usted!

Car. Sí, señora. Prefiero irme. Así como así, pensaba ya hace días, abandonarles a ustedes, para aceptar una plaza que me ofrecen con mucho más sueldo que la ridiculez que ustedes me dan!

Max. Una plaza, ¿dónde?

Car. En casa de su competidor, el señor...

Max. ¡No le nombre usted!

Car. ¿Por qué no lo he de nombrar?

Max. ¡Yo se lo prohibo a usted!

Car. Pues yo le nombro... En la casa de banca de don Luis Moreda.

Max. (Tapándose los oídos.) ¡Oh!

(Sale Lola y se pone en el balcón.)

Fran. (Se levanta indignado.) ¡Oh! (Vase a la oficina.)

Max. Váyase usted inmediatamente.

Car. Pero no sin decirle a usted que ese señor es un verdadero banquero, un banquero formal.

Max. ¡Se va usted o sale por el balcón! (Furiosa.)

Car. Un escribiente de casa del señor Moreda, se equivocó el otro día en doce pesetas, y el señor Moreda le subió el sueldo para consolarle. ¡Eso es un banquero... y no ustedes! Voy a ponerme a su servicio.

Max. (Tirándole un libro a la cabeza.) Pero no sin un chichón... ¡Insolente! (Mutis de Carrascosa, diciendo a gritos: Moreda... Moreda... Moreda...) (Maximina, a cada Moreda, contesta:) ¡Grosero! ¡Grosero! ¡Grosero!

ESCENA II

MAXIMINA y LOLA

Max. ¡Grosero!... ¿Injuriarme de ese modo? Eso es para decírselo a mi marido y no a una señora, por muy banquera que sea. Pero

mi marido nunca está aquí cuando se le necesita. (A su hija.) Lola... ¿qué haces ahí?

Lola Mirando la calle.

Max. ¿Has oído lo que ha dicho ese bruto?

Lola Sí, mamá.

Max. ¿Le he dado con el libro?

Lola En la cabeza.

Max. No lo he visto porque me cegué al tirárselo.

Lola Eres muy violenta, mamá.

Max. Violencia hubiese sido meterle hecho cachos en la caja de caudales. ¿De modo que tú has oído lo que ha dicho y no te indignas?

Lola Sí; ya lo creo, mamá.

Max. ¿Lo has oído?... ¿Un banquero... ese tío? ¿Desde cuándo?... ¿Por qué?

Lola Desde que tiene una casa de banca y él la dirige.

Max. ¡Eso no es bastante! ¡Un banquero es tu padre!... ¡Lo soy yo!... ¡Lo serás tú más adelante!... ¡Pero ese hombre que ha osado hacerse nuestro rival... es para morirse de risa!... ¡El rival de la casa de banca Ripamilán, de Cuenca! Una banca que tiene ciento cincuenta años de existencia... que yo recuerde, porque si sondáramos en la noche de los tiempos, ¿quién sabe lo que nuestros ascendientes harían en esa noche?

Lola Puede que también fueran banqueros.

Max. ¡Esa es nuestra raza! (A gritos.) ¡Nuestro abolengo!

Lola ¡No te sofoques, mamá!

Max. ¡Un competidor él! Ese gomoso estúpido, ese pollo guirlache, por no decir siempre almibarado, que no piensa más que en sus trajes, y en sus caballos, y en su coche.

Lola ¡Cómo que es muy bonito!

Max. ¿El qué?

Lola El coche y los caballos también son bonitos.

Max. ¿Los conoces?

Lola Y a él... y a él también le conozco. Bailé con él hace un año en casa del gobernador.

Max. En esa época, no era nada más que el sobrino de su tío.

Lola Pero ahora es el sucesor.

Max. Su tío era un competidor leal. Todos los malos asuntos iban a parar a él, nos dejaba los buenos para nosotros... Pero el sobrino no hace más que poner obstáculos a la buena marcha de nuestra casa.. En fin, no hablemos más de él, porque se me sube la sangre a la cabeza y me volvería loca... Y tú no volverás a bailar en tu vida con ese mamarracho!

Lola No bailaré nunca, mamá... desgraciadamente.

Max. A propósito; no olvides que mañana es el santo de tu padre y que hay que dar la reunión, como todos los años. ¿Has mandado las invitaciones?

Lola Sí, mamá.

Max. ¿Has encargado las flores?

Lola Muchas flores.

Max. Con un par de duros, serán suficientes... ¿Y has pensado en el refresco?

Lola Mandaremos hacer helados.

Max. No, eso no, porque con el calor del baile podría hacerles daño... Basta con limón, jarabes y agua fresquita. Para los sibaritas traeremos unos sifones de agua de Seltz...

Lola Mamá, estarían mejor los helados.

Max. ¡Hija mía, calcula que se nos deshielan y figúrate la plancha! Vé a mirar lo que hacen las criadas, mientras yo reviso unas cuentas.

Lola (Haciendo mutis.) ¡Que no volveré a bailar con él!... ¡Qué lástima! ¡Tanto como le quiero! (Desaparece.)

ESCENA III

MAXIMINA, sola

¿Dónde habrá metido ese miserable de Carrascosa las tres pesetas, treinta céntimos? (Se sienta y revisa las cuentas.) Llevo cuatro... Llevo nueve... Llevo quince... Llevo treinta y una... (Yendo hacia la oficina.) Francisco, ¿qué hace usted? (Pausa.) Está bien... Y después

copie los vencimientos de mañana... Es extraño que no esté ya aquí mi marido... Jamás ha estado tanto tiempo fuera de casa... ¿Le habrá sucedido algo? (Se sienta y se pone a escribir.) ¡Qué nerviosa estoy!

ESCENA IV

MAXIMINA, CASTO y después la CRIADA

Casto (Dentro.) ¡Que no entre nadie! ¡Que no me siga nadie! ¡Quiero estar solo!

Max. ¡Es él! ¡Mi marido! ¿Qué le pasará?

Casto (Entrando con el traje lleno de barro.) ¡Pronto!... ¡Una silla!... ¡Una butaca!...

Max. ¡Dios mío!... ¿Pero qué tienes? (Le presenta una silla y una butaca.) Escoge, Casto.

Casto (Sin saber en cuál sentarse.) Tengo... (Se sienta en la silla.) que por poco me aplasta un coche. (Se levanta y se sienta en la butaca.)

Max. ¡Qué horror!... ¿Estás herido?

Casto ¡No!... Felizmente entre el coche y yo mediaban dos tercios del arroyo y media acera, pero me ha salpicado de tal modo el barro que creí que me iba a ahogar la inmundicia del fango... ¡Mírame! (Enseña la espalda que es una pura mancha.)

Max. ¡Eso no es nada!... ¡Respiro!

Casto ¿Que respiras?... ¿Sabes tú quién iba dentro del coche?

Max. No.

Casto ¡¡El!!

Max. ¿El?

Casto El mismo.

Max. ¿Luis More?...

Casto ¡Cállate!

Max. ¿Es él quién casi te ha?...

Casto Sí... ¡Aplastado por ese hombre!... ¡Qué humillación! ¡Me hubiese muerto de pena, no del atropello!

Max. ¡Yo también!... ¡Su coche!... ¡Un banquero que tiene coche!... ¿Por qué?... ¿Para qué le quiere? Para llenar de barro a los transeuntes.

Casto Como tienes el honor de ver.

Max. ¡Nosotros también tenemos coche!

Casto Porque nuestros medios nos lo permiten.

Max. Solo que no le sacamos a la calle.

Casto Porque no tenemos caballos.

Max. Porque no somos unos locos y no queremos tirar el dinero por la ventana.

Casto Como lo tira ese señor. ¿Sabes qué he visto al pasar por la casa de Rodriguín? Un soberbio automóvil con un tarjetón que dice: «Comprado por don...» ¡Ya sabes por quién, ~~Maximina~~! ¿Creerá ser más feliz teniendo dos o tres carruajes?

Max. Es muy capaz de tenerlos... ¡Ese hombre es capaz de todo!

Casto ¡Como todos los incapaces! Pero no hablemos más de ese sujeto. Hablemos de cosas más útiles y convenientes. Por lo pronto que me traigan una americana. (La señora llama.) Así no puedo estar. (Se quita la chaqueta.)

Max. Esa cazadora es una afrenta.

Criada (En la puerta izquierda) ¿Llamaba la señora?

Max. Llévese usted esta cazcarria y tráigale al señor ~~un batín~~ una americana.

(La Criada coge la prenda y vase.)

Casto Maximina, me parece que te voy a dar una buena noticia.

Max. Dámela.

Casto Pero no sé si así en mangas de camisa...

Max. ¿Es una noticia de etiqueta? ¿De importancia?

Casto Tiene lo suyo.

Criada (Apareciendo.) Aquí está ~~el batín~~ la americana. Señor, ahí está un hombre que viene pidiendo el estandarte de la banda.

Casto Désele usted.

(Vase la Criada.)

Max. ¿Para qué quieren el estandarte?

Casto Para pasearle por esta heróica villa. La Harmonía Conquense, de la cual yo soy el presidente y el fundador, celebra hoy su centenario.

Max. ¿Pero no la fundaste hace tres años?

Casto ¡Eso qué importa! La banda municipal, rival nuestra, ha celebrado su centenario hace

mes y medio, nosotros no podemos quedarnos atrás.

Max. Es muy justo.

Casto Dentro de unos minutos pasará por aquí la banda, bajo nuestros balcones, y siguiendo la costumbre, pronunciaré un discurso... Justamente, mientras venía improvisándole, es cuando por poco me aplasta el coche de... ¡Pero no hablemos de ese miserable!

(Pausa.)

Max. ¿No me dices la buena noticia?

Casto He hablado con el secretario del Gobernador, le he dicho que me quería presentar diputado por esta capital y el secretario me ha dicho que estaba en mi derecho. ¡Hace veinticinco años que tengo este sueño dormido en el fondo de mi alma!

Max. ¡Despiértale, Casto!

Casto Y si quiero ser diputado, ¡no es por vanidad, no!... ¡No es por mi vanagloria, no!... Es por ti, mi mujer, mi asociada, mi compañera abnegadísima...

Max. (Emocionada.) ¡Casto!

Casto ¡Es por mis viejos empleados, a los cuales el verme formar parte del Parlamento les recompensará del celo y la abnegación que me testimonian desde hace tantos años!

Max. ¡Piensas en todo el mundo menos en tí!

Casto Yo no soy nadie y me sacrificaré gustoso. Se presenta una ocasión soberbia. El ministro de Fomento, que es hijo del país, vendrá a pasar aquí las vacaciones del domingo, y ese día inaugurará una escuela, un panteón de hijos ilustres de Cuenca, asistirá a una cacería, a un banquete y a un té de honor, pondrá la primera piedra de una fábrica de gaseosas, y si le queda tiempo le hablaré de mi candidatura.

Max. Invítale a comer.

Casto No vendría, no le queda un minuto libre.

Max. No importa. Invítale. Es una cortesía y quedamos muy bien.

Casto Tienes razón. Eres un espíritu superior.

Max. Claro que lo soy. Y cuando pienso que hay un ser en este bajo mundo...

Casto ¡No me hables de ello...!

ESCENA V

DICHOS y CAMPILLO

Camp. (Entra por la oficina.) ¿Se puede pasar?
Casto Querido Campillo... (Se abrazan.)
Max. Muy buenos días, Campillo.
Camp. Encantadora doña Maximina... (A Casto.) ¿Es verdad que por poco te aplasta un coche?
Casto ¿Lo sabes tú ya?
Camp. Acaban de decírmelo... Mientras permitan a los carruajes ir al trote, pasarán desgracias... ¿Vamos al trote los peatones? Tú venías de ver al Secretario del Gobernador.
Casto ¿También sabes eso?
Camp. Si en provincias no se supiera todo lo que hace todo el mundo, la vida sería muy monótona. ¡Es un chico simpático el Secretario particular del Gobernador, pero no es mi hombre; reconozco que tiene una cualidad indispensable en política...
Casto ¿Cuál? (Maximina se sienta a escribir.)
Camp. La de ser embustero y falso como una adivinadora de cartas... pero no es mi hombre... No te pregunto el objeto de tu visita...
Casto ¡Ya sé que no eres curioso!
Camp. No te lo pregunto... ¡porque lo sé! El Secretario general del Gobierno me lo ha dicho.
Casto ¡Ah! ¿Te lo ha dicho?
Camp. ¡En secreto! .. El me lo cuenta todo... pero en secreto. ¡Ese es mi hombre!.... Tú quieres presentarte diputado por la capital, pero eres un hombre de poca suerte.
Casto ¿Yo?
Camp. En cambio el que tiene una suerte loca, es tu competidor, tu rival.
Casto ¡No lo nombres!
Max. ¡No lo nombre usted!
Camp. No, no lo nombraré porque sé que oir su nombre y apellido, os es muy desagradable... pero toda la suerte es para él. Es amigo del ministro y además está con él la opinión pública; tú no cuentas con la opinión; la opinión pública está alejada de ti, Casto.

Casto ¿Por qué? Habla cláro.

Camp. Porque vuestra casa, de la cual yo desgraciadamente soy comanditario, no cuenta ya con esta plaza, hablando en términos de banca.

Max. ¿La banca Ripamilán no dispone de la plaza de Cuenca?

Camp. ¡Escuchadme! Escucha, Casto. Nosotros somos amigos de la infancia, y, por lo tanto, nos conocemos. Tú estás lleno de defectos, no eres muy inteligente, tienes ideas anticuadas, ¡pero tú eres mi hombre!... Lo mismo me sucede con tu mujer, es avara, mala lengua, violenta, antipática, pero es mi hombre también...

Max. ¿Cómo?

Camp. Mi mujer, quiero decir... vamos, ya me entendéis los dos. Pues bien, mi deber es deciroslo... Vuestra casa de banca está minada por una competencia que sencillamente os la destruirá, os la demolerá, os la desmoronará piedra a piedra.

Casto ¿Tú crees?

Camp. Y tan lo creo, que si las cosas continúan como van, yo me veré precisado a retirar mis fondos de esta casa.

Casto ¿Serías capaz de hacer eso, Campillo?

Camp. ¡Con toda mi desesperación, pero lo haré! ¡Yo debo velar por mis intereses, por los de mi mujer, por los de mis hijos!

Casto ¿¿Pero si no los tienes?

Camp. Puedo tenerlos... Mi mujer es joven ~~y yo no estoy en la reserva~~... Cogeré mi dinero y lo llevaré a otra casa.

Max. ¿A casa de quién? (Levantándose.)

Camp. A casa de vuestro rival.

Max.
Casto } ¡Oh! ¡Qué injuria!

Camp. No es mi hombre vuestro rival, pero ¿sabéis qué interés da este año al capital de sus comanditarios?, ¡dieciocho por ciento...! Mientras que tú apenas podrás dar el ocho... Tu cajero me lo ha dicho. Esto prueba que el sistema de la banca Moreda, vale más que el sistema de la banca Ripalimán.

Max. ¡Bonito sistema el de ese canalla!

Camp. Yo no lo encuentro bonito... ¡le encuentro bueno!... Vosotros no comprendéis o no queréis comprender que todo ha cambiado. Hoy a todo el mundo le deslumbra el oropel... la apariencia... Todo lo que él tiene y a vosotros os falta... Vosotros vivís en una casa vieja, sombría, que atemoriza la entrada... El se ha edificado un precioso hotel, que llama la atención, que atrae... En tus oficinas haces esperar a los clientes sentados en sillas de paja, él hace que los suyos se sienten en sofás de seda... El recibe en un despacho ultra inglés, tú en uno contemporáneo de doña Juana la Loca. A vosotros no se os ve por ninguna parte, a él se le ve en todos lados... Subvenciona el Gran Teatro, da bailes...

Casto Yo también doy bailes... Mañana mismo, sin ir más lejos, doy un gran baile.

Camp. Además, entretiene a una cupletista... ¡La Andalucita!

Max. ¡Qué horror!

Camp. Nada de eso... Es muy bonita La Andalucita. No es mi tipo, pero reconozco que es bonita... y yo creo que este es el golpe maestro de Moreda.

Casto Lo que es eso...

Camp. ¡Cuando te digo que todo ha cambiado! Hace años todo el mundo hubiese dicho: Moreda es un imbécil que se está arruinando por una artista... Hoy dicen lo contrario; un hombre que da dinero a las mujeres, es porque lo tiene, indudablemente...

Max. ¡Amigo Campillo!...

Casto ¡Tú estás loco!

Camp. En Madrid, en París, en Londres, en Berlín, en Nueva York, todos los banqueros tienen artistas a su disposición y la mayoría de ellos sólo las tienen para exhibirlas; son como una vitrina.

Max. ¿Una vitrina?

Camp. O un escaparate mejor dicho, o un anuncio si os agrada más. Para ellos eso es un reclamo viviente... Una cupletista supone miles de reales, de pesetas quizás, acaso de duros...

Max ¡Eso es horrible!

Camp. ¡No digo lo contrario!... En resumen, un banquero que no asombre al mundo por su lujo, no es un banquero de verdad .. Banquero quiere decir dinero... ¡lluvia de oro!

Max. Pero los banqueros...¡Usted se olvida de que hay banqueros casados!

Camp. Todos están casados... Es también un lujo que pueden permitirse, pero sus esposas comprenden la situación y hasta aplauden esas escenas. Pero volviendo a vosotros dos, permitidme que os díga que si no os corregís, dentro de tres años no existiréis. ¡Moreda se os habrá comido!

Casto ¿Pero qué puedo hacer yo?

Camp. ¡Lo que él! No te digo que empieces por la cupletista, pero empieza por algo.

Casto ¿Por derrochar...?

Max. ¿Una vitrina?... ¡No faltaría más que eso!

Casto ¿Repito que cómo me corrijo yo?

Camp. ¡Y yo qué sé! Yo os he dicho lo que debía deciros... Era mi deber... Un deber penoso... Un deber que me cuesta este año un diez por ciento y que el año que viene me costaría más. Pero la amistad ante todo. Voy a la caja, que no sé qué cosas tengo que firmar. ¿Me necesitáis?

Casto ¡No!

Max. ¡No!

Camp. Qué queréis que yo le haga, pero ya sabéis que soy hombre amigo de mis intereses. Retiraré mis fondos de vuestra casa y no seré vuestro asociado, pero siempre seré vuestro amigo.,. ¡Y cuantas veces haya que deciros una verdad, os la diré, sea la que sea! ¡Contad conmigo! (Vase por la oficina.)

ESCENA VI

MAXIMINA y CASTO

Casto (Cayendo en una silla.) ¿Has oído?

Max. ¡He oído!

Casto Nosotros dejamos demoler la banca Ripamilán que existe hace ciento cincuenta años...

Max. Piedra...
Casto ¡A piedra! (Pausa.)
Max. La verdad es que podríamos salir algo más a la calle y recibir a los amigos con más frecuencia.
Casto Sería bien fácil. Tenemos arriba grandes salones.
Max. ¡Podríamos dar bailes soberbios!
Casto Desde que nos casamos, hace treinta años, los salones están cerrados.
Max. Los muebles están...
Casto ¡En sus fundas! Las arañas de cristal...
Max. ¡En sus fundas! Los relojes...
Casto Dentro de las fundas. Los salones parecen una exposición de fundas.
Max. ¿Y qué?
Casto ¿Y qué? ¡Que no... que no y cien veces no!
Max. Sería dar la razón a nuestro enemigo.
Casto Y nos costaría muy caro.
Max. Eso, después de todo, no importa. (Dirigiéndose a la izquierda.)
Casto ¿Dónde vas?
Max. A decir a Lola que encargue helados para mañana.
Casto ¿Tú ves? ¡Comienzas a hacer concesiones!
Max. Ocho pesetas de sorbetes... ¡eso será todo!
Casto Eso será más que suficiente.
Max. Los pediré todos de fresa, que es el color de la indignación. (Mutis.)

ESCENA VII

CASTO y CAMPILLO

Casto (Solo.) ¡Este encizañador de Campillo! Y en resumen, ¿qué es lo que prueba que él tiene razón? ¿El dieciocho por ciento del otro? ¿Eso es todo y nada más que eso...? ¿Y qué?
Camp. (Entrando por la derecha,) Casto... Una visita inesperada.
Casto ¿Una visita?
Camp. ¡La vitrina!... ¡El escaparate!... ¡El anuncio!... ¡El cartel del otro...!
Casto No te entiendo!
Camp. ¡La Andalucita! Pregunta por ti... Viene a

verte. ¡Me ha rogado que sea su introductor!

Casto ¡Ella aquí!... ¡Qué audacia! ¡Una cupletista en esta casa... donde yo he nacido! ¡Jamás! ¡No quiero verla!

Camp. ¡No puedes rehusar... ni rechazarla! La he dicho que la recibirías... Se presenta en nombre de una obra de caridad. Apuesto a que no has visto nunca de cerca una cupletista...

Casto ¡Ni de lejos!

Camp. Pues vas a verla. (Abriendo la puerta de la oficina.) Pase usted, señorita.

ESCENA VIII

DICHOS y LA ANDALUCITA

And. (En la puerta.) ¡Caballeros! (Los dos hombres saludan inclinándose.) ¿Es al señor Ripamilán a quien tengo el honor de hablar?

Casto Ripamilán y Compañía, sí, señora. Tenga usted la bondad de sentarse. (Se sientan.)

Camp. No la pongas mala cara... El gobernador la saluda muy fino. (En voz baja.)

Casto ¡Hace mal!

And. Ruego a usted, caballero, tenga a bien dispensarme por el atrevimiento de venir a verle. Ya le habrán dicho que vengo en nombre de una buena obra, de una obra pía...

Camp. ¡Ya lo oyes... pía!

Casto ¡Yo estoy trinando!

And. El teatro en que yo trabajo de humilde cupletista, dará la primera representación de unos bailes de gran espectáculo a beneficio del Hospital y me he tomado la libertad de presentarme en casa de los habitantes más distinguidos de esta capital, ofreciéndoles billetes.

Casto ¡Ah!, es para...

And. Yo les podía haber escrito a todos, pero como yo danzo en esa obra, he pensado que presentándome yo misma, defendería mejor mi causa.

Casto Usted, con sus ojos, toca directamente el corazón de la humanidad.

Camp. ¡Ole, ole; muy bien!

And. He visitado a casi todas las personas notables de Cuenca y en todas partes he sido bien acogida. Me atrevo asuponer que usted, el más notable de todos los prohombres conquenses...

Casto ¡Señora...!

And. Ya sé que el paso que doy es indiscreto... audaz... que yo fuerzo un poco la mano de nuestros generosos donantes, pero hay personas, y usted figura entre ellas, me consta, que les agrada, que se felicitan de que se las dé ocasión, a pesar suyo, para hacer el bien. (Busca en el retículo.)

Casto (En voz baja a Campillo.) Habla con soltura.

Camp. ¡De un modo napoleónico!

Casto ¿Dónde habrá aprendido la oratoria?

Camp. ¡En la escuela de canto!

And. (Sacando un papel del bolso.) Puedo poner a su disposición el palco proscenio de la izquierda; el de la derecha lo tiene su colega don Luis Moreda. (Casto tose al oir el nombre.) ¿Decía usted?

Casto ¡Nada!... El ya ha...

And. Estarán ustedes frente a frente... De este modo, mis compañeros los artistas y yo, estaremos entre la alta banca de la capital.,. ¿Conformes?

Casto Señorita, es usted muy amable, pero quiero hacerle saber una cosa: mi señora no va nunca al teatro... Es un poco sorda... bastante sorda.

And. Como se trata de bailes nada más...

Camp. ¡El baile es la literatura de los sordos!

And. ¡Además eso no es ir al teatro, es hacer una buena obra!... Yo no acepto ni admito excusas. (Levantándose.) Aquí tiene usted su palco. (Lo deja sobre la mesa.) En cuanto al precio le fijará usted mismo y me enviará la suma que tenga por conveniente... No, no hace falta que me entregue ahora el donativo... Reflexione usted, yo lo dejo a su generosidad... He notado que después de reflexionar las naturalezas escogidas sienten más cari-

dad y nuestros pobres salen ganando... Le dejo a usted mi dirección... Somos vecinos.

Casto ¡Ah! ¿Usted es?...

And. Sí .. He alquilado el hotelito de enfrente de esta casa, porque me gusta vivir con cierta libertad. Soy la vecina de un gran banquero, la gloria financiera de Cuenca, y estoy muy orgullosa de la vecindad. ¡Me figuro que esto me acerca a la fortuna!

Casto ¡Se expresa bien!...

And. No quiero abusar del tiempo, que para usted es precioso, aunque para mí no valga nada. Muchas gracias, caballero, y perdóneme usted el atrevimiento... Muchas gracias.

Casto (Saludando.) ¡Señorita!

Camp. (Idem.) ¡Señorita!

And. Abur... y mil gracias más. (Mutis por la derecha.)

ESCENA IX

CASTO y CAMPILLO

Camp. ¿Qué te parece?... ¿Es distinguida?

Casto ¡Estoy asombrado!... ¡Está educadísima!

Camp. ¡Ese Moreda posee un bonito reclamo! ¡Si tu mujer hablara siquiera como esta señorita!...

Casto ¡Campillo, te suplico que no compares!

Camp. No comparo. No digo nada más que si tu mujer hablara así... Me voy... ¡Reflexiona sobre lo que te he dicho! Te advierto que tu cajero opina como yo... Cree que el crédito de esta casa se ha perdido y que debéis reconquistarlo a toda costa.

Casto ¿Mi cajero se permite hablar así?

Camp. Sí... ¡Y escúchale... y escúchame! ¡Se impone la reconquista! Esta Andalucita misma, qué simpatía... qué atractivo... ¡Si yo tuviera veinte años menos!...

Casto ¡Ella sería una niña!

Camp. Y yo un zangolotino. Figúrate. Adiós. (Mutis derecha.)

ESCENA X

CASTO y MAXIMINA

Casto (Solo.) ¡La reconquista del favor público! ¡Se cree Campillo que esto no cuesta nada. ¡Arruinaría a un nabab!

Max. (Por la izquierda.) Ya han ido a encargar los sorbetes.

Casto ¿Sabes quién acaba de salir de aquí?... ¿De esta misma habitación?

Max. ¿Quién?

Casto ¡La Andalucita!

Max. ¿Y la has recibido?

Casto ¡No he tenido más remedio! Venía para una obra de caridad.

Max. ¿Se ocupa de esas cosas esa mujer?

Casto ¡Indirectamente!... Ha venido a traerme un palco. Da una función a beneficio del Hospital. Toda la gente distinguida le ha tomado billetes. No he podido negarme.

Max. ¿Qué te ha costado ese palco?

Casto Ella deja que mi generosidad fije el precio.

Max. ¿Tu generosidad? Bueno... pues mándale cinco duros.

Casto Eso había pensado. Daremos el palco a los empleados que se quejan porque no se les sube el sueldo y esto es una compensación. Voy a enviar el dinero. (Coge la tarjeta que la Andalucita dejó con el billete.) Aquí está su nombre y dirección... Es vecina nuestra.

Max. Desgraciadamente.

Casto Y aquí hay algo escrito. (Mirando la tarjeta.) «Me permito hacer saber al señor Ripamilán que su colega don Luis Moreda, ha dado por su palco quinientas pesetas!...

Max. ¡Cien duros!

Casto ¡Es un loco!

Max. ¡Pero eso es tirar el dinero!

Casto ¿Y es con este sistema con el que da al capital comanditario dieciocho por ciento?... ¿Cómo se las arregla?

Max. ¡Es increíble!

(Suena a lo lejos una banda de música.)

ESCENA XI

DICHOS, LOLA, CRIADA, luego FRANCISCO y EMPLEADOS

Lola ¡Mamá!... ¡Papá!... ¡La banda!

Casto ¿La banda?... ¡Viene a saludarnos! Llama a los empleados... y a la criada. (Toca el timbre.)

Lola En seguida, papá. (Vase por la derecha.)

Casto ¡Voy a pronunciar mi discurso y quiero que todo el mundo lo oiga!

(Música de la banda a lo lejos.)

Max. ¡Sí, háblales! ¡Tú no eres elocuente, pero hablas!... El otro no hablará seguramente.

Lola (Entrando.) Ya están aquí. (Detrás de Lola entran Francisco, Juan y Leandro. Por la izquierda aparece la Criada.)

Criada ¿Llamaban los señores?

Casto ¿Trae la banda el estandarte?

Criada Sí, señor. Delante de todos los músicos.

Casto Os llamo para que oigamos todos juntos la música... y me oigáis hablar. Esperad que repase el discurso. Amigos míos... ¡Hijos de Cuenca!... Una banda de música es como si se dijera la nave del Estado, amarrada al puerto por los instrumentos de cuerda y cuyas velas se hinchan con el aire de los instrumentos de viento...

Max. ¡Bravo!.. ¿Y después del viento?...

Casto Una lluvia de aclamaciones... lo mismo que dije el año pasado... Pero ya están ahí...

(Suena la música bajo el balcón.)

Max. Abre, Lola... Vamos al balcón.

(Lola lo abre.)

Casto Vamos. (Casto se asoma.) ¡Amigos míos!... ¡Hijos de...! (Interrumpiéndose porque la música se aleja.) ¿Pero qué hacen?... ¿No se detienen?...

Max. (Asomándose.) ¡Pasan de largo!

Lola ¿Qué quiere decir eso?

Max. ¡Dan vuelta a la esquina! ¿Si irán...?

Casto ¿Será también competencia?

Max. ¡Imposible!

Fran. Nosotros no nos atrevíamos a decírselo a ustedes, señor Ripamilán. Pero don Casto ya no es presidente de su banda de música

Casto ¿Eh? ¿Mis músicos...?

Fran. Le han reemplazado a usted por don Luis Moreda—con perdón sea dicho—que les ha regalado todo el metal nuevo.

Casto ¡Ah, el vil metal!

Max. (Realmente turbada.) ¡Retírense ustedes!

Casto (Abrumado de vergüenza.) ¡Váyanse todos!
(Se retiran los empleados.)

Fran. (Haciendo mutis.) ¡Pobre señor!... ¡Da lástima!

Casto ¡Irse vosotras también!

Lola ¡Qué vergüenza, mamá! (Mutis con la criada.)

ESCENA XII

MAXIMINA y CASTO, luego FRANCISCO

Max. ¡Este hombre nos lo ha cogido todo!

Casto Hasta las notas musicales que lanza al aire la banda.

Max. ¡Casto, no se puede hacer nada más que una cosa!

Casto ¿Cuál?

Max. ¡Vé a matar a ese hombre!

Casto ¡Lo he pensado... pero me da miedo la Justicia!

Max. Entonces habrá que hacer caso a Campillo.

Casto ¡Iba a decírtelo, Maximina!

Max. Pues ya que estamos de acuerdo... ¡¡Sea!!... Tiremos el dinero por la ventana.

Casto Vamos a la reconquista de nuestro antiguo esplendor.

Max. Nuestros medios nos lo permiten.

Casto ¡Ya lo creo!

Max. ¡Somos más ricos de lo que tú te crees!...

Casto ¡Cómo!

Max. (Va a la caja de caudales, la abre y saca un botecito.) Toma... Abre y perdona que te de la lata... ¡Dentro hay 52.000 pesetas!

Casto ¿Y este dinero?

Max. El fruto de mis economías.

Casto ¿Cómo has podido economizar esto?

Max. ¡De la comida!

Casto ¡Pero si no comemos casi nada!

Max. ¡Por eso precisamente!

Casto ¡Acepto este dinero!... ¡Ya verás!... ¡Asombraremos a Cuenca! Tendremos caballos, carruajes, automóviles, aeroplanos...

Max. Cambiarás de sastre...

Casto Tú de modista.

Max. Mandaremos venir todo del extranjero.

Casto ¡Hasta el pan de cada día!

Max. Y en cuanto al escaparate... a la vitrina... al cartel...

Casto ¿La vitrina?... ¿En qué piensas?

Max. ¡Sí, sí!... ¡También!... ¡¡Todo!! Campillo tiene razón, y puesto que es indispensable, tü tendrás cartel. ¡Además yo tengo confianza en ti! ¡Treinta años de matrimonio y de fidelidad absoluta me dan derecho a pensar que tu fidelidad llegará hasta la tumba!

Casto ¡Mucho más allá de la tumba!

Max. Claro, porque Casto te pusieron al nacer y Casto serás hasta que te mueras.

Casto Y después también seguiré siendo Casto.

Max. Pues tendrás una cupletista para exhibirla... platónicamente, por supuesto.

Casto ¡Platón a mi lado era don Juan Tenorio!

Max. ¡Todo por el auge de nuestra casa de banca! ¡Ripamilán y Compañía! ¡Ya verán quiénes somos nosotros! ¡Habrá cupletista!

Casto ¡Maximina, me asustas!

Max. ¡Te exhibirás con ella!

Casto ¿Eres tú la que me pides una cosa semejante?

Max. ¡Yo te lo pido, Casto!... ¡Mira hasta dónde me lleva la abnegación!

Casto ¡No lo consiento!...

Max. ¡Obedeciéndome trabajamos los dos por el bien de la casa... por el porvenir de nuestra hija!

Casto Calla, calla, que me emocionas, Maximina. Pero, ¿y dónde encargamos la cupletista?... Esto no es un sombrero... ni un vestido.

Max. ¡Tengo una idea genial! ¿Hace falta una cupletista?... ¡Pues quitémosle la suya!

Casto ¿La Andalucita? ¿Querrá ella?

Max. ¡Es cuestión de precio! Esas criaturas aceptan siempre una puja más alta.

Casto Nos va a salir muy caro.

Max. ¡Qué importa! ¡Tenemos tres millones!

Casto ¡Cuatro millones!... Yo digo tres a todo el mundo, pero son cuatro.

Max. No hay que perder un minuto... Envía a esa mujer inmediatamente mil pesetas por el palco.

Casto ¿Mil pesetas?

Max. El otro ha dado quinientas... ¡Nosotros doblaremos en todo y siempre!

Casto ¡Siempre!

Max. Siéntate ahí y escribe. (Casto obedece. Ella dictando) «Señorita, le envío a usted mil pesetas por mi palco. No tiene que devolverme nada.» Y ahora pon: «¿Cuándo podré yo ir en persona a ofrecerle a usted mis respetos y el homenaje de mi simpatía y admiración?» (Lo dice rugiendo de ira.) Y pon la firma. Casto. ¡Ahora a su destino! (Abriendo la puerta dela oficina.) ¡Francisco! (Pausa. Entra Francisco.) Lleve esta carta al hotel de ahí enfrente mismo. (Casto ha cerrado el sobre después de meter la carta y un billete.) Le enviamos a usted porque es un asunto de importancia y usted es nuestro más fiel servidor. (Dándole la carta.) Vaya en seguida.

Fran. ¿Espero contestación?

Max. Sí. Aunque sea de palabra. (Mutis de Francisco.) ¡Puede que la pobrecilla no sepa escribir!

Casto ¡Maximina, no te reconozco!

Max. ¿Hay que luchar?... Pues bien... lucharemos! Vuélvete a sentar y escribe al dueño de los coches diciéndole que le compras, doblando el precio, el automóvil que tiene en el escaparate para el otro y me lo regalas.

Casto Te lo regalaré. ¿Y te parece bien que le diga de paso si tiene un monoplano para aterrizar, si nos diera la gana, sobre ese sujeto?

Max. ¡Me parece bien, te lo regalaré yo y monoplanearemos juntos! Ahora escribiré yo a su tapicero diciéndole que venga en seguida y me ponga la sala grande más lujosa que el salón de Gasparini del Palacio Real de Madrid. Quiero que nuestro baile de mañana sea un baile regio. ¿Te parece bien que enviemos las invitaciones impresas en billetes de diez duros?

Casto En billetes de veinte duros es mejor tamaño.

Max. ¡Ah, Casto! Se hablará de los Ripamilán mañana en esta capital.

Casto En la capital, en la provincia y en toda España.

Max. ¡Y la respuesta de esa mujer que no llega!... ¡Tan cerca como está!

Fran. (Entrando.) Aquí está la contestación. (Da una carta.) Por cierto que es muy amable la...

Max. ¡Váyase usted enhoramala! (Le echa a empujones. Abriendo la carta.) ¡Sabe escribir! (Leyendo.) «Caballero, me honrará mucho recibir en mi casa, cuanto antes mejor, a persona de tal valía.» Valía con b alta... ¡No sabe escribir!

Casto ¿Dice cuanto antes mejor?

Max. ¡Ves en seguida!

Casto Pero así en batín...

Max. Ponte el frac si quieres...

Casto Maximina, te lo repito. Quiero repetírtelo... ¡Te juro que es por ti, por ti solo, por lo que me decido a este libertinaje!

Max. ¡Ya lo sé!... ¡Vete!... ¡Sé generoso!... ¡Sé fuerte!... ¡Sé espiritual!... ¡¡Deslúmbrala!!

Casto ¡Lo intentaré!... ¡Adiós! (Medio mutis.)

Max. (Llamándole.) ¡Casto!

Casto ¡Maximina!

Max. Júrame que todo será pura comedia y que nunca, jamás... ¿eh?

Casto ¡Vamos!... ¡Tú no me conoces!... ¿Me crees capaz?...

Max. ¡De nada!.. ¡Corre!... ¡Vuela!... Y no olvides este dinero... Y acuérdate de aquellos versos que dicen:

Con oro nada hay que falle,
Casto, ya sabes mi intento,
¡o arruinados en la calle
o a dar el veinte por ciento!

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

TEATRO MUNICIPAL
BARCELONA

ACTO SEGUNDO

Salón muy elegante en casa de la Andalucita. Puertas a derecha e izquierda. En la pared, a la izquierda, un teléfono. Al foro, balcón. En la izquierda, mesita, sofá y butacas. En la derecha, un piano eléctrico. En las paredes espejos y grabados. Todo muy coquetón y elegante.

ESCENA PRIMERA

LA ANDALUCITA y LUIS

Al levantarse el telón, Luis Moreda, sentado, fuma un cigarro. La Andalucita se abrillanta las uñas

Luis Te vas a dejar las uñas como un espejo.

And. Ya sabes que me gusta mucho cuidarme las manos.

Luis Será para que luzcan más sobre el piano....

And. Exactamente.

Luis ¿Y cómo va tu representación de caridad?

And. Acabo de recibir mil pesetas por un palco. . Me parece que le gusto al señor que me las ha mandado.

Luis ¿Ah, sí?

And. Me ha escrito pidiéndome permiso para venir a verme. (Riendo.) ¿No tendrás celos, verdad?

Luis No tengo derecho a tenerlos. ¡Ni motivos!

And. Felizmente.

Luis Es igual. ¿Qué pensaría toda esta gente in-

feliz de Cuenca, si les dijéramos la verdad de nuestras relaciones?

And. Es decir, que el banquero don Luis Moreda y yo, no somos nada más que dos buenos amigos casi de la infancia.

Luis ¡Dos seres ridículamente virtuosos!

And. ¡No lo creerían!

Luis Si supieran que la casa de banca no es mía sino de una empresa belga, que sólo soy el representante de esa compañía y que he aceptado el cargo de director-gerente de la banca por complacer al presidente de esa empresa, que era íntimo amigo de mi pobre tío...

And. Y por cobrar ùn sueldo morrocotudo.

Luis Es cierto. Gano ahora casi tanto como tú que eres una estrella del couplet.

And. Y tú un banquero de buena estrella que viene todos los días a ver a su antigua amiguita para charlar un rato juntos...

Luis Y distraerla de las añoranzas de un duque millonario que suele venir a verla de vez en cuando en automóvil, muy secretamente. Y la gente de aquí, como ve que yo vengo todos los días, se figurará que nosotros... Porque yo estoy pasando aquí... por...

And. Lo que no eres. (Riendo.) La verdad es que te estoy comprometiendo.

Luis ¡Enormemente!... Pero no te preocupes... Lo gracioso es que en vez de molestarme esta aventura, me agrada y me da prestigio... Ya tú sabes lo que es la gente.

And. Sólo te perjudicaría si tuvieras intención de casarte.

Luis No lo creas... Y la prueba es que pienso en ello.

And. ¿En casarte?

Luis ¡Qué quieres! El aire del pueblo me ha entontecido. Afortunadamente hay un obstáculo para mi boda: la muchacha que me gusta, es la única en la cual yo no debo pensar.

And ¿Por qué?

Luis Su padre y su madre me detestan furiosamente. Figúrate uno de esos odios africanos...

And. ¿De familias?

Luis No... ¡De oficio!

And. ¿Y la muchacha?

Luis A la muchacha me parece que le gusto y no poco... Bailé con Lola, que así se llama la enamorada, en casa del señor Gobernador, hace seis meses..., y nos juramos amor eterno... Es la historia de Romeo y Julieta... No la dejan hablar conmigo y se oponen resueltamente á nuestras relaciones los tercos de sus padres.

And. ¡Que tontería!

Luis Y yo me estoy vengando de esa oposición haciéndoles rabiar lo que puedo. Eran los banqueros más fuertes de esta capital, y yo he ido apoderándome de todo lo que era de ellos: de su situación financiera, de su crédito, de sus clientes, de sus honores... En una palabra, les estoy desmoronando la casa poco a poco. ¡Cada uno se venga como puede!

And. ¡Así va el mundo! (Se levanta.) Voy a preguntar si ha venido alguien.

Luis ¿A quién esperas?

And. A la modista. Ha dicho que hoy me mandaría los trajes del baile para probármelos y ver si necesitan algún arreglo. (Toca el timbre.)

Luis Entonces te dejo.

And. ¿Tienes prisa?

Luis Mañana doy un baile en mi casa para estropearles el que mis suegros... dan en la suya mañana también, y voy a comprar cuatro chucherías para obsequiar a mis invitados. Conque adiós... (Riendo,) mi señora enamorada, como dice por ahí la gente.

And. Adiós, mi señor enamorado (Ríe.)

Luis ¡Y pensar que esto podría ser verdad!...

And. ¡Pero no lo es!... ¡Ni lo pienses! ¡Si se enterara el duque que me tiene como a una reina!

Luis ¡Ha sido una broma! Hasta luego. (Vase por la izquierda La Andalucita le acompaña hasta la puerta y vuelve a llamar al timbre.) Que vengas a tomar café y tráeme una cajita de bombones.

ESCENA II

ANDALUCITA y FLORA

Flora (Por la izquierda.) ¡Llamaba la señorita!
And. ¿No ha venido nadie?
Flora Sí, señora. Han traído tres trajes de la señorita y los de los comparsas para que la señorita los vea, y han dicho las chicas que lo han traído que luego vendría una maestra para la prueba.
And. ¿Dónde has puesto los trajes?
Flora En el gabinete de la señorita.
(Suena dentro un timbre.)
And. Han llamado... ¿quién será?
Flora Puede que sea la maestra de casa de la modista.
And. Corre a ver. (Vase corriendo por la izquierda.) Ya tengo ganas de que llegue el día de la función para no hacer nada más que representarla. No me van a dejar descansar hasta ese día.
Flora Señorita... Traen un ramo de flores.
And. ¿Un ramo de flores?
Flora ¡Muy grande! ¿Le traigo aquí?
And. Sí. (Vase Flora.) ¿De quién será? (Entra Flora con un ramo enorme.) ¡Que atrocidad!
Flora Y esta tarjeta.
And. (Leyéndola.) Casto Ripamilán... ¿El señor Ripamilán me envía flores? Es porque decididamente le gusto.
Flora Este señor también está ahí... ¿Le digo que pase?
And. Sí, que pase y espere. Salgo en seguida. (Vase Flora.) Este pobre hombre debe haberse enamorado de mí... ¡Me arreglaré un poco! (Recoge el estuche de manicura.) Pura coquetería nada más. (Vase por la derecha.)

ESCENA III

CASTO y FLORA

Flora Pase uste, caballero... Pase usted.

Casto (Entrando.) ¿Está usted segura de que no soy indiscreto?

Flora No, señor. Todo lo contrario. Voy a pasar recado a la señorita.

Casto Espere, joven... Tome usted antes esta pequeñez. (Le da un billete de diez duros.)

Flora ¡Diez duros!

Casto (Aparte.) De las economías de mi mujer.

Flora La señorita me tiene prohibido que tome dineró sin decirle nada.

Casto Pues dígaselo usted y dígaselo a todas sus amigas y a todos sus conocimientos. No me gustar ocultar mis propinas... Yo no soy un rico vergonzoso...

Flora ¡Ya veo que debe usted ser. . muy rico! (Con picardía.)

Casto (Muy serio.) Pase usted el recado.

Flora Al momento, señor. (Vase derecha.)

Casto (Solo.) ¡Tres veces he entrado en el portal, tres veces he puesto el pie en el primer escalón y tres veces he vuelto a salir a la calle!... Al fin me he visto obligado a subir yo... ¡Yo!... Un Ripamilán... ¡El último vástago de una dinastía irreprochable! ¡Pero mi mujer lo quiere y yo no puedo negarle nada a mi mujer! Le hemos contado el caso a Campillo, y lo aprueba ~~como mi mujer también~~... ¡Yo soy una víctima! (Yendo hacia el balcón.) Allí está mi esposa, en el balcón, agitando un pañuelo. (Casto agita el suyo.) Alentándome con el gesto... ¡Ahora me envía un beso! ¡Puede que sea el único beso verdaderamente casto que ha entrado en esta habitación! (Se aparta del balcón.) ¡Héme aquí en el seno de todas las corrupciones y de todas las elegancias! Estas mujeres lo tienen todo. (Mirando el salón.) Cuadros... Estatuas... ~~Terciopelos...~~ Sedas... ¡Y teléfono! ¡Me parece

que no voy a saber qué decirle a esta mujer. (Viendo abrirse la puerta de la derecha.) ¡Ella! ¡Animo! ¡¡Intrepidez!!

ESCENA IV

CASTO y la ANDALUCITA

And. (Entrando.) Perdone usted que le haya hecho esperar.

Casto No importa, señorita, no... no tengo prisa.

And. Aguardaba su visita, pero no la creí tan pronta. Le doy a usted un millón de gracias por el billetito, en nombre de los pobres... Pero siéntese usted. (Casto va a sentarse, aturdido, sobre el ramo.) ¡No... ahí no! ¡Me ha enviado usted todo un jardín!

Casto Simple cortesía, señorita... Estas hermanas de usted se habían extraviado y he creído deber mío .. (Aparte.) Me ha dicho mi mujer que fuese espiritual.

And. Es usted muy galante y muy generoso.

Casto ¡Del todo! .. Pero es que usted... Es que yo... No sé cómo empezar... ¡Valor! Señorita, debe usted tener unas muñecas preciosas y me gustaría verlas.

And. Caballero, me parece que ya hemos pasado los dos de la edad de las muñecas, y ni usted ni yo estamos para juegos.

Casto Al decir muñecas me refería a los pulsos, a los brazos.

And. ¡Ah! En ese caso... ¡Qué curiosidad!

Casto (Mirándola.) ¡Señorita, no lleva usted ninguna pulsera de precio!

And. No... no, señor...

Casto (Sacando un estuche del bolsillo.) ¿Le agradan a usted estos brillantes? (Entregándole el estuche.)

And. Son hermosísimos.

Casto (Aparte.) ¡Las economías de mi mujer! Se los regalo.

And. Mil millones de gracias, señor Ripamilán.

Casto No es eso todo. Espere usted. No he comprendido nunca por qué se regala una sola pulsera a una mujer que tiene dos brazos,

Aquí tiene usted una segunda pulsera para el otro brazo. (Le da otro estuche.)

And. Pero...

Casto Yo siempre el doble, señorita.

And. Señor Ripamilán, no sé si debo aceptar estos regalos, porque ¿a qué título me los hace?

Casto ¡Como admirador de su talento!

And. ¡Pero si no me ha oído usted cantar!

Casto Lo he leído en los periódicos... Y además, yo quiero ir derecho al grano, señorita. Yo tengo cinco millones, le he dicho cuatro a mi mujer, pero son cinco, cinco millones que vengo a ponerlos a sus pies.

And. ¿A mis pies?

Casto ¡Se los ofrezco a usted íntegros!

And. Y usted, en cambio, ¿qué quiere?

Casto ¡Nada! Es decir... casi nada. El derecho de verla a usted, de hablarla y de hacerla regalos espléndidos!

And. ¿Y eso es todo?

Casto ¡Absolutamente todo!

And. Siempre dicen ustedes lo mismo al principio.

Casto ¡Y al final también...! De modo que yo le abro a usted mi caja, satisfago todos sus caprichos, y por esta molestia usted me permitirá venir a verla, para presentarle mis respetos, de cinco a siete, tres veces por semana. Todos los días no porque estoy muy ocupado. Sin ir más lejos, mañana no podré venir porque doy un gran baile.

And. ¡Ah! ¿Usted también da bailes?

Casto ¡Yo también! En estas entrevistas rápidas, pero decentes, no estaremos nunca solos. ¡Usted trae a sus amigos y yo traeré los míos!

And. ¿Y usted se contentará?

Casto Qué duda cabe.

And. Decididamente es usted muy original.

Casto ¡No digo que no!... ¡Ah! Es absolutamente indispensable que abandone usted a mi futuro predecesor.

And. ¿A quién?

Casto Al señor Moreda.

And. (Aparte.) ¿También éste se lo cree?... ¿De modo que usted quiere?..

Casto Es indispensable. ¡Me gusta ser solo!

And. ¿Es usted celoso?

Casto ¡Como un tigre... platónico!... ¿Qué me responde usted?

And. Señor Ripamilán, me parece que para broma ha sido más que suficiente.

Casto ¡Ah, ya! ¡Lo comprendo! ¡Quiere usted reflexionar! Tiene usted razón. Nadie acepta los asuntos de importancia sin estudiarlos antes. Esa es la costumbre de mi casa. Volveré dentro de media hora.

And. Pero...

Casto ¡Es mucho! Pues dentro de quince minutos. Y dicho esto, señorita, me repito muy suyo afectísimo que besa sus pies... (Aparte) ¡No se ha ruborizado ni una sola vez! (Inclinándose.) Señorita. (Mutis izquierda.)

And. (Sola.) ¡Es un loco! ¡No cabe duda, es un loco! ¡Pero las alhajas que me ha dado son de primera... ¿Y qué debo yo hacer con ellas? Puesto que es un admirador de mi talento... me las debo guardar. ¡Consultaré con Luis cuando venga! Pero, ¿y qué hago yo si vuelve ese tío loco?

ESCENA V

ANDALUCITA y LUIS

Luis (Entrando por la izquierda.) Aquí tienes los bombones... Oye, Carmen... ¿Salía de hablar contigo el señor Ripamilán?

And. ¡Sí!... ¿Le conoces?

Luis ¿Que si le cenozco? ¡Como que es el padre de mi soñada futura!

And. ¿El señor que se opone a tus relaciones?

Luis ¡El mismo! ¿Y ahora sale de tu casa?... Luego entonces es cierto el complot!

And. ¿Qué complot?

Luis Me lo acaba de explicar todo su principal asociado, el señor Campillo, para congraciarse conmigo y yo le acepte su dinero en mi casa, dándole el dieciocho por ciento. El señor Ripamilán ha salido de su letargo,

ha levantado la cabeza y al darse cuenta de que yo me he apoderado de todo lo suyo, quiere quitármelo a su vez.

And. ¿Y hasta quiere apoderarse de mí?

Luis ¡Eso es!... Y ha convenido con su mujer... ¡asómbrate!... con su misma mujer, que te haría la corte...

And. Convenirlo con su mujer... ¡No es posible!

Luis ¡Su mujer está más rabiosa que él! Le ha prometido que te respetará.

And. ¿De veras?

Luis Y su único objeto es que tú le sirvas de reclamo para la gente Y a mí se me ha ocurrido una idea admirable.

And. ¿Cuál?

Luis Que hagas todo lo posible y todo lo imaginable para que Ripamilán se enamore de ti con locura.

And. ¡Eso nunca!

Luis Te lo pediré de rodillas. Me harás un favor como no le puede haber más grande en la tierra.

And. ¿Qué favor es ese?

Luis Uno que busco desde hace tiempo. ¡El tener un gran secreto de ese hombre!

And. ¿Para hacerle tu víctima?

Luis ¡Para que me pague el silencio dejándome casar con su hija!

And. Si es para tu felicidad, acepto el enamorarle.

Luis Y además, que tu amor propio de mujer guapa, está empeñado en la broma, que le costará, si tú quieres, unos miles de duros.

And. ¡Tú lo has dicho! ¡Haré que se enamore de mí! ¿Tú quieres un secreto de Ripamilán? Le tendrás. Te lo prometo y te lo aseguro. Se enamorará de mí, pero de veras.

Luis Gracias. (Suena el timbre.)

And. ¡Puede que sea él! Vete por la escalera del jardín... No conviene que te vea.

Luis ¿Conseguiremos lo que te propones?

And. ¡Si Ripamilán no es un sorbete de fresa, sí!

Luis ¡Adiós y suerte!... (Vase por la derecha.)

ESCENA VI

ANDALUCITA, FLORA, luego CASTO y CAMPILLO

Flora (Entrando por la izquierda.) Señorita... Ahí está el señor Ripamilán y un amigo que le acompaña.

And. ¡Acompañado! ¿Luego, indudablemente, todo es verdad?... (A la doncella.) Que pasen y dile que le esperaba con impaciencia.

Flora ¡Está bien, señorita! (Medio mutis.)

And. Oye... Luego ven a ponerme una bata. (Vase Flora.) ¡Ah, señor Ripamilán, nos veremos las caras! ¿Reclamito yo? ¡Sí, sí, ya verás tú el reclamo! (Vase por la derecha.)

Casto (Entrando con Flora y Campillo.) ¿Está usted segura, joven, de que no somos indiscretos?

Flora Al contrario... La señorita me ha dicho que le esperaba a usted con impaciencia.

Casto (A Campillo.) ¿Lo ves?

Flora (Tendiendo la mano.) ¿El señor no tiene que darme ninguna... orden?

Casto ¡Ah, sí! (Dándole un billete.) ¡Tome! (A Campillo.) Dale algo.

Camp. Yo no tengo suelto... ¡Otro día!

Flora Este señor me hace millonaria. (Mutis derecha.)

ESCENA VII

CASTO y CAMPILLO

Casto ¿Qué piensas de todo esto?

Camp. Pienso que no me extraña nada, teniendo el dinero que tú tienes.

Casto Me parece que la respuesta será satisfactoria... Ya lo has oído... Me espera con impaciencia. ¡Y mi mujer que ya se descorazonaba!

Camp. ¡Es que no está acostumbrada a estos triunfos de tu físico!

Casto ¿De modo que probablemente voy a tener una cupletista a mi disposición? Yo, Ripamilán, que siempre he vilipendiado estas

cosas... Yo, que en treinta años de matrimonio, no he cometido una infidelidad...

Camp. Vamos...

Casto ¡Palabra de honor! Y ahora una artista para poderme quedar solo con ella... Dame palabra de que no me abandonarás ni un momento...

Camp. ¡Tienes miedo!

Casto No... Lo digo por Maximina. Esta compañía tuya la tranquilizará. Es sorprendente... Ahora que estamos en plena batalla mi mujer se inquieta, cuando le debería constar que yo soy incapaz de cometer una mala acción. (Suena el teléfono.) Debe ser ella.

Camp. ¿Quién?

Casto Le he dicho a Maximina que aquí había teléfono y sin duda... (Va al teléfono.) ¿Quién habla? (Pausa. A Campillo.) ¿No te lo decía? (En el aparato.) ¡Nada de nuevo, preciosidad! Sí, sí. Estoy con Campillo. ¡Estamos esperando, pero me parece que triunfaremos!... ¿Que hable Campillo? (A Campillo.) Oye, di aunque sólo sea buenas tardes. ¡Mi mujer no se fía de mí!

Camp. (En el aparato.) ¡Triunfaremos, Maximina! ¡Sí, ya sé que estoy haciendo un papelito... heroico! ¡No acepto las gracias; yo me debo a mis amigos! No hay de qué. (Da el auricular a Casto.) Estás complacido.

Casto (En el aparato.) ¿Qué dices? Bueno, bueno. (A Campillo.) Me recuerda el juramento que le hice ha treinta años delante del cura... ¡Qué memoria tiene! (En el aparato.) No tengas miedo... Yo soy de mármol... Estate tranquila... ¡toma! (Le envía un beso y cuelga el auricular.) Esta aventura nos emociona terriblemente... Ah, si no se tratara de reconquistar el crédito de la casa Ripamilán y Compañía!

Camp. ¿Tú crees que le reconquistarás?

Casto ¿Lo dudas?

Camp. No, pero a veces lo que es bueno para una cosa es malo para otra.

Casto ¡Pero si eres tú el que nos ha aconsejado esta bellaquería para el triunfo!

Camp. Ya lo sé y no digo que no. ¿Es que me puedes prohibir que yo tenga dos opiniones?...

De este modo, la reconquistes o no, nunca podrás echarme la culpa de nada.

Casto (Viendo entrar a la Andalucita.) ¡Ella!

ESCENA VIII

DICHOS y la ANDALUCITA

And. (Con una bata elegantísima y... cocotesca) Siempre le hago a usted esperar. (Viendo a Campillo.) ¡Ah, perdone usted!

Casto Mi amigo Campillo, al cual usted ya conoce.

And. En efecto. (Le saluda)

Casto (Aparte.) ¡Vaya una batita!... Me he tomado la libertad de traerle conmigo, porque Campillo es otro yo; puede usted hablar delante de él como si estuviéramos solos.

And. Sin embargo, para la respuesta que le debo dar a usted, convendría...

Casto Que se largara...

And. Me parece...

Casto (A Campillo.) En el fondo tiene razón... Para la respuesta...

Camp. Esto quiere decir que estorbo...

Casto No... Pero si me quieres esperar en el café del Globo, harás bien. Si no estoy allí dentro de veinte minutos, ven a buscarme.

Camp. Convenido. (A la Andalucita.) Señorita... Ocupaciones ineludibles me obligan a dejarles a ustedes. Lo siento mucho, pero la obligación...

And. Que usted lo pase bien.

Casto (A Campillo.) Dentro de veinte minutos...

Camp. Comprendido. ¡Y a estas cosas se viene solo! (Vase por la izquierda.)

ESCENA IX

CASTO y la ANDALUCITA, luego FLORA

And. (Aparte.) ¡Servir a un amigo y salvar mi amor propio de mujer es una obligación! ¡Vamos allá! ¡Al fin estamos solos! (Toda la escena con una deliciosa seducción.)

Casto ¡Eso iba yo a decir!... ¿Y la respuesta?

And. ¡Qué impaciente es usted!... Señor Ripamilán, casi no he tenido tiempo de pensarlo. Se ve que no tiene usted costumbre de ser discutido.

Casto ¡Yo no admito discusiones!

And. ¡A cuántas mujeres debe usted haber hecho desgraciadas!

Casto ¿Yo?... ¿Pero y la respuesta?

And. Voy a dársela a usted con toda franqueza. Mientras me ponía la bata he reflexionado, porque yo no reflexiono bien más que cuando me pongo una bata...

Casto Cada profesión tiene sus costumbres.

And. He reflexionado, pensado, calculado, sobre todo calculado...

Casto ¿Y...?

And. Desde el momento que no digo que no...

Casto Es que dice usted sí. (Aparte) ¡Estas criaturas no tienen ni pizca de vergüenza!

And. ¡Usted ha prometido que me respetará!

Casto En cuanto a eso puede usted estar tranquila. ¿Y en lo referente al señor Moreda?

And. Ya le he escrito enviándole la cesantía y prohibiéndole poner los pies en esta casa.

Casto Y espero que será usted una mujer firme.

And. ¡Inconmovible!

Casto (Sacando unos estuches del bolsillo.) Aquí tiene usted unas sortijas, y digo unas, porque yo no comprendo ofrecer una sortija a una mujer que tiene...

And. Diez dedos...

Casto ¡No!... ¡Dos manos!

And. Qué amable es usted. (Tendiéndole las manos.) Pongámelas usted mismo.

Casto ¿Yo?

And. ¿Le da miedo?

Casto No, señora... Pero podría equivocarme de dedo... (Suena el teléfono.)

And. El teléfono... Con permiso de usted. (Va hacia el aparato.)

Casto (Deteniendo a Carmen.) Perdone... Deben llamarme a mí.

And. ¿A usted?

Casto Sí... En la oficina saben que estoy aquí... Les he dicho que si pasaba alguna cosa...

(Aparte.) ¡Será que mi mujer se impacienta! (En el teléfono.) ¿Con quién hablo?... ¿Eh? ¡Más alto! Sí. Todo va bien. ¡Terminado el asunto!... ¡No! ¡No hay ningún peligro! ¡El mármol sigue frío, como es natural! Estoy ahí dentro de cinco minutos... (Cuelga el auricular.)

And. ¿Cinco minutos? ¿Se va usted tan pronto?

Casto ¡Puesto que nada tenemos que decirnos! Ah, le prevengo a usted que puede contar a todo el mundo nuestras relaciones. A mí esto no me ruboriza, al contrario. Y ahora... me retiro.

And. ¿En serio?

Casto Es la hora del correo y...

And. Unos minutos más. Beberemos una copa de benedictino.

Casto Gracias; entre comidas no tomo nada... Se me subiría a la cabeza.

And. ¡Por una vez!... En mi obsequio. (Llama.) Una copita nunca hace daño. (A Flora, que sale por la derecha.) El benedictino. (Vase Flora izquierda.) Acabamos de tratar un asunto, y cuando se llega a un acuerdo, como nosotros hemos llegado, se bebe y se brinda.

Casto Por una vez ..

Flora (Entrando con una bandeja sobre la cual hay una botella de benedictino y dos copas.) El benedictino. ¿Quiere algo más la señorita?

And. Que no estoy para nadie. (Vase Flora. Echando el licor.) Así no nos molestarán.

Casto No me llene usted la copita, yo con media, doblo.

And. ¿Cómo se llama usted de nombre, que no me acuerdo?

Casto Casto.

And. Pues a su salud, Casto. (Bebe.)

Casto (Bebe y se aleja de la Andalucita.)

And. ¿Por qué se va usted tan lejos? Venga usted a sentarse cerquita de mí...

Casto Es que... (Obedece y se sienta en el sofá.)

And. Vamos a ser una parejita platónica y dichosa. Hemos quedado en que usted nunca me exigirá nada.

Casto Jamás. ¡Sobre ese capítulo soy de una honestidad ciclópea!

And. Lo creo, porque hace un momento, ni la mano me ha querido usted coger.

Casto ¡Cómo era posible!

And. (Cogiendo las de Casto.) Las manos de usted son firmes, leales, francas... y muy grandes.

Casto Al lado de las de usted...

And. ¡Y cuántas cosas dicen estas manos!

Casto ¿Usted sabe lo que dicen las rayas de la mano?

And. Las artistas somos algo parientas de las gitanas. (Mirando la mano.) ¡Dios mío! ¿Pero qué dice esta línea que está tan desarrollada?

Casto ¿Qué línea?

And. ¡La del amor!

Casto ¿Y eso qué significa? ¡Me pone usted en cuidado!

And Significa que es usted todo lo contrario de su nombre y que es usted muy peligroso para las mujeres.

Casto ¿Yo? ¡Pero si yo soy un infeliz!

And. ¡Cá! Usted siente una verdadera vocación por la mujer.

Casto Pues es una vocación que tengo sin saberlo. Cuarenta años en el secreto. Lo ve usted, vale más que me vaya, soy para usted un peligro. (Se dirige a la puerta.)

And. ¡Pero este hombre es el Polo Norte!... ¿Y será capaz de marcharse así?... ¡Casto!...

Casto ¿Qué desea usted?

And. ¡Que me ahogo, que me pongo enferma!... ¡Socórrame usted! (Se levanta.)

Casto ¿Yo?... ¡Dios mío, qué compromiso!

And. ¡Me asfixio!... ¡Socorro, por Dios!... (Casto se acerca y ella se abraza a él.) ¡Lléveme usted a mi cuarto!.. ¡Llame a la criada!... ¡Estoy moribunda! ¡No puedo tenerme en pie! (Casto la sostiene por el talle y la lleva hacia la derecha. De pronto el teléfono comienza a sonar furiosamente.) ¡No me suelte usted, que me caigo!

Casto ¡Valiente conflicto! (Gritando.) ¡Doncella!... ¿Cómo se llama la doncella?

And. ¡Estoy muy mala! ¡Qué situación!

Casto ¿Pues y la mía? (Sigue sonando el teléfono.) ¡Ese teléfono!... (Vanse por la derecha, llevando siempre Casto por el talle a la Andalucita. El teléfono no deja de sonar. A poco vuelve a salir Casto apuradísimo.)

Dice que la doncella se llama Flora. (Gritando.) ¡Flora!... ¡Flora!... (Va hacia la puerta de la izquierda.) ¡Flora!... ¡Estoy emocionadísimo! Esto acaba en drama. Voy á ver si aún no se ha muerto. (Corre hacia la derecha y desaparece. El teléfono sigue sonando.)

ESCENA X

FLORA y CASTO

Flora (Entrando apresuradamente.) ¿Qué gritos son esos? (El teléfono suena sin cesar.) ¿Quién llamará? (Cuando va a coger el auricular, sale Casto.)

Casto ¡Joven, entre usted corriendo!... ¡La señorita se ha puesto mala! (Flora entra en la izquierda.) ¡Como está... en deshabillé! (Se limpia el sudor. El teléfono calla.) ¡E-te silencio (Señalando el aparato.) es precursor de una catástrofe!... Pero yo no estoy en situación de hablar ahora con mi mujer... ¡Qué deshabillé! (Sale Flora.) ¿Es grave?

Flora No se asuste usted, señorito; siempre que se emociona la señorita le suceden estas cosas, pero se la pasa al momento. Voy a la botica por un poco de éter, y mientras yo vuelvo póngale usted unos paños de colonia en la frente y hágale un poco de aire a la señorita. (Vase Flora por la izquierda.)

Casto ¡Flora por el éter! ¡Yo por el aire! ¡Mi mujer por el teléfono! ¡Esto es una pesadilla! ¿Dónde vamos a parar? ¿Y dónde estará la colonia? ¿Y con qué le soplo yo a esta señora? ¡Voy por el aire! (Se va rápidamente por la derecha.)

ESCENA XI

MAXIMINA y CASTO; luego la ANDALUCITA dentro

Max. (Entrando cautelosamente por la izquierda.) ¡La puerta del hotel abierta! ¡Una criada corriendo por la escalera! ¡Yo llamando media hora por teléfono! ¡Mi marido sin contestarme!

¡Estoy muy inquieta! A mi esposo le ha sucedido algo... y como le haya sucedido a Casto una desgracia, puede usted irse preparando, señor Moreda.. Yo conozco perfectamente el manejo de una pistola Browning y Agustina de Aragón es una rama del árbol genealógico de mi familia... (Pausa.) ¡Qué silencio! Me tiemblan las carnes por la audacia cometida. (Viendo la bandeja que hay sobre la mesita.) ¡Copas! ¡Licor! ¡Dos copas!... ¡Oh, qué horrible duda! ¡Nunca fallan las copas, y aunque pequeñas, siempre son un triunfo.

Casto (Sale haciendo aspavientos de alegría.) ¡Ciclópeo! ¡Ciclópeo! ¡Al abrir los ojos me ha dado las gracias por mis auxilios y me ha dicho que no esperaba menos de mí! ¡Y me lo ha dicho en deshabillé! ¡Ciclópeo!

Max. ¡Casto!...

Casto (Volviéndose.) ¡Ci... ciclónico! ¿Tú aquí, desgraciada?

Max. Media hora llamándote por teléfono. ¿Has corrido algún peligro?

Casto Nada. ¡Todo como una seda! Pero la madeja se ha enredado, porque calcula que se ha puesto enferma de pronto y figúrate mi situación, estoy actuando de médico. Pero es una imprudencia que tú hayas puesto los pies en esta casa.

Max. Nadie me ha visto entrar... La puerta estaba abierta.

Casto La doncella ha ido a la botica. Vete de aquí tú inmediatamente o todo está perdido... Piensa que podrás encontrarte cara a cara con esta mujer.

Max. Tienes razón, no había pensado en eso. Sería una insolencia y yo no sabría explicarla... Vámonos, Casto.

Casto Yo debo quedarme. Aún espero la respuesta.

Max. ¿Pero estáis solos? Eso no es lo convenido.

Casto ¡No estamos solos... nos acompaña un benedictino! (Señala la botella.) Además, fíjate en esta raya de la mano.

Max. No veo nada de particular.

Casto ¿Nada? No hablemos más... Vete. (Aparte.) Evidentemente no lo ha comprendido, ni lo comprenderá nunca. ¡Pobre mujer!

Max. Habla solo... ¡mal síntoma! Casto, vámonos de aquí... vámonos, vámonos.

Casto ¡Todo lo echaremos por tierra!

Max. Qué quieres que te diga... ¡Desconfío! Si te quedas aquí es preciso que me des seguridades.

Casto ¿Y cómo?

Max. Siéntate al piano y toca sin parar todo el tiempo que estés en esta casa.

Casto ¿Estás loca?

Max. ¡Te oiré desde el balcón y esto me llenará de confianza!

Casto ¡Pero eso es inaudito!

Max. No debes negarme este favor. (Le sienta al piano a la fuerza.) Y toca con toda tu fuerza y sin equivocarte.

Casto Pero... (Intenta levantarse de la banqueta del piano.)

Max. ¡Si no tocas es porque quieres hacerme traición!

Casto Ese dilema me obliga a darte gusto. (Se sienta y empieza a tocar.)

Max. Gracias, Casto. Adiós. Vuelve pronto a casa, que me voy enloquecida de inquietud. Casto... Adiós, Casto... (Vase por la izquierda.)

Casto Ya que te vas, tocaré una marcha. ¡No me faltaba más que esto...!

And. (Desde dentro.) ¡Casto!

Casto ¡Ella! ¿Qué desea usted?

And. Ya estoy buena y me estoy probando un traje que me ha traído la modista. Venga usted para abrocharme unos corchetes.

Casto No puedo, estoy tocando el piano y a mí la música me enloquece.

And. Pues si le gusta la música, dé al resorte, el piano es eléctrico.

Casto ¡Eléctrico y yo sin saber una palabra! (Mira el resorte.) ¡Qué felicidad! (Da al resorte y el piano toca un vals brillante.) ¡Voy a corchetear! (Mutis derecha. La escena queda sola un instante y el piano sigue tocando. Sale Maximina por la izquierda.)

Max. Pero qué bien toca hoy mi Casto. Y esta pieza no se la he oído yo tocar nunca. (Mira al piano y dice asombrada.) ¿Pero dónde está mi marido? ¿Dónde está, Casto?... (Sigue dando vueltas como una loca.) ¿Pero dónde estás, Casto? Esto es una brujería.

(Sale por la derecha la Andalucita, con traje de cupletista muy elegante. Maximina, al verla, se queda encogida y medrosa.)

ESCENA XII

MAXIMINA y LA ANDALUCITA

And. Silencio ya, mi amigo. (Da al resorte y el piano cesa de tocar.)
Max. ¡La Andalucita!
And. Calla... (Viendo a Maximina.) ¿Una mujer aquí y sin que nadie me avise?
Max. Estaba la puerta abierta...
And. No sé dónde estará la doncella, usted perdone. Desde luego me figuro que será usted una de las maestras de mi modista, que viene a ver si han quedado bien los trajes.
Max. Sí, sí; como usted quiera. ¡Me toma por otra! ¡Mejor! Así podré ver y observar lo que pase.
And. La esperaba a usted hace rato. Mire cómo ha quedado. ¡Me parece que estoy cañí!
Max. Precioso... está precioso... ¡Un poco escandaloso, pero ya se sabe quiénes son ustedes!
And. ¿Eh?
Max. Quiero decir que el teatro exige estas indecencias o estas libertades, como usted guste.
And. Es una modista de mal carácter... El otro traje se lo está poniendo uno de mis admiradores, y ahora veremos el efecto que hace.
Max. ¿Uno de sus admiradores?
And. ¡Que está loco por mí! ¡Y yo me río de él!

ESCENA XIII

DICHAS, CASTO y después CAMPILLO

Casto (Entra vestido de gitano con catite alto.) ¡Aquí estoy! (Haciendo piruetas llega hasta las narices de su mujer.)
Max. (En el colmo del asombro.) ¡Mi marido!
Casto (Idem) ¡Mi mujer!
(Todo este final rapidísimo.)

And. Es la modista, que viene a ver cómo han quedado los trajes.

Max. ¡Cállate! ¡Hay que fingir!

Casto Fingiremos los dos...

And. (Cogiendo del brazo a Casto.) ¿Hacen bonitos los dos trajes? ¿Entonan bien los colores?

Max. ¡Me ciega la vergüenza!

Camp. (Entrando por la izquierda.) Prometí a Casto venir a buscarle a los veinte minutos y... (Viendo a Casto.) ¡El! (Viendo a Maximina.) ¡Ella!

Max. ¡Silencio! (A Campillo.)

Casto ¡No te rías! (Idem.)

Max. ¡¡Estamos reconquistando el crédito de la casa de banca Ripamilán y Compañía!!

(Casto y La Andaluciia quedan en una figura de baile y Maximina y Campillo les miran absortos. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

TEATRO NACIONAL
BARCELONA

ACTO TERCERO

Un gran salón, iluminado para una fiesta. Al fondo, comunicando con una galería, gran puerta, que estará cerrada al levantarse el telón. Puerta en la izquierda y a la derecha un balcón.

ESCENA PRIMERA

FRANCISCO, JUAN, LEANDRO y luego LOLA

Al levantarse el telón, Francisco, vestido con un frac anchísimo, pasea solemnemente por la escena. Juan y Leandro, con libreas, están cuadrados militarmente ante las puertas

Lola (Entrando, con traje de baile.) Ya está todo preparado. (Mirando a Francisco.) ¿Quién será este señor tan ridículo?... ¡Ah, si es Francisco!... Cualquiera le conoce a usted...

Fran. ¿Me sienta bien el fraque, verdad?

Lola Ya lo creo... ¿Es nuevo?

Fran. No, señora... Es de mi suegro, que se lo hizo cuando vino a España el rey Amadeo y fué a Madrid en comisión; luego me sirvió para el día de mi boda... no me lo pongo más que en las ocasiones solemnes.

Lola Es lástima que no se lo ponga usted con más frecuencia. Está usted conmovedor.

Fran. Muchas gracias, señorita Lola.

Lola Aquí viene mamá.

ESCENA II

DICHOS y MAXIMINA; luego CASTO

Max. (Entra con un vestido lujoso, pero extravagante.) ¡Aquí estoy yo! (A Lola.) ¿Cómo me encuentras?

Lola ¡Admirable, mamá!

Max. Y a usted, ¿qué le parezco, Francisco?

Fran. ¡Está usted hecha un cromo! ¡Hipnotizadora!

Max. ¡Es la última moda de París! El figurín más nuevo. Dará que hablar mi vestido.

Fran. Seguramente, señora.

Max. Son las nueve. Pronto empezarán a llegar los invitados y tu padre todavía vistiéndose. ¿Han venido los músicos?

Lola Sí, mamá. Se han instalado en la galería.

Max. ¿Habrán traído un director?

Lola Claro, mamá.

Max. Pues dile al señor de la batuta que no toque la orquesta esas tonterías que tocan los organillos, ni tampoco cosas de Wagner, que *valsee* dulcemente y que de vez en cuando se abisme en las agitaciones de una polka o en la locura de un galop, pero habaneras no... no quiero nada con habaneras. (A Leandro y Juan) A ver, vosotros. Venid aquí... Volveros... Quietos... Muy bien, están muy bien... Tienen un golpe de vista superior.

Lola Un poco llamativos.

Max. Eso es lo que quiero... Que se les vea... que llamen la atención. (A Leandro y Juan.) No olvidéis lo que os he dicho. (A Leandro.) Usted irá continuamente de un lado para otro, con la bandeja de los refrescos... (A Juan.) Y usted quieto en la puerta para anunciar a los invitados en alta voz y con claridad, para que se entere bien todo el mundo. Vamos a ver... Supongamos que Francisco es el médico forense y yo la médica. Anúncienos usted.

Juan Muy sencillo. (Con voz natural.) Aquí están el notable médico forense y su simpatiquísima esposa la forensa.

Max. Suprima usted los requiebros y dé más solemnidad a la voz... por ejemplo: El señor forense y su cónyuge. (Con voz potente.) Sin simpatías de ningún género... A ver.

Juan (Con voz tonante.) El señor forense y su cónyuge.

Casto (Entrando rápidamente y poniéndose los guantes. Viste un frac encarnado, chaleco blanco y pantalón negro.) ¿Dónde están esos queridos amigos?... ¿Pero estais solos?... Han anunciado...

Max. Es que estábamos ensayando la llegada de un invitado.

Casto Ensayo general con trajes. Me parece muy bien.

ESCENA III

DICHOS y CASTO

Max. Pero, Casto... ¿Cómo te has vestido?

Casto ¿No me encuentras bien?

Max. ¡Sí!... Solo que al primer golpe de vista parece que estás en salsa de tomate.

Casto Es algo atrevido... Pero en París y en Londres no se lleva otra cosa, como no se esté de luto. Pero tú estás espléndida, radiante, rutilante. (Aparte.) ¡Es preciso que la adule!

Lola ¡El traje estaría más bonito un poco más escotado!

Max. ¡Jamás! Yo haré todas las concesiones a la moda menos esa! (A Leandro y a Juan.) Cada uno a su puesto y a cumplir mis instrucciones. (A Francisco.) Usted pasee por los salones para que el primer invitado que llegue, no crea que él es el primero. Lolita, vé a decirle al director lo que debe tocar.

Lola Voy, mamá. (Haciendo mutis.) Poco interés tiene el baile para mí... no viniendo él. (Hacen mutis detrás de Lola, Francisco, Leandro y Juan.)

ESCENA IV

MAXIMINA y CASTO

Casto Cuánto siento que mi Carmen, la Andalucita, no pueda verme así, con este traje.

Max. ¡Casto

Casto ¡Maximina!

Max. Pero... ¡Dios me perdone! ¿Tú te has rizado el pelo?

Casto Sí, me he pasado unas tenacillas,

Max. Te estás volviendo muy coquetón. Desde hace ocho días estás desconocido.

Casto La coquetería es una parte del programa... ¿Hemos de seguir el programa o no le hemos de seguir?

Max. Al pie de la letra. Ya ves cómo nos hemos decidido a dar un baile cada ocho días.

Casto Debemos cumplir lo pactado.

Max. Ya se cumple. Pero desde el otro día estoy intranquila. ¿Por qué estabas vestido de gitano en casa de esa señora?

Casto Simple cortesía. Ya te lo he explicado catorce veces... Había que conquistarla, conquistarla a toda costa y si yo le negaba el primer favor que me pedía...

Max. Tienes razón.

Casto Nuestro baile de hoy será soberbio.

Max. También el otro da un baile.

Casto Pero no irá nadie... porque todos saben que nuestra cena será espléndida, mejor que la de él.

Max. Pues no se apresuran a venir.

(**Francisco atraviesa la escena por el fondo.**)

Casto Quizás no se atrevan a entrar, creyendo que el baile no ha comenzado todavía.

Max. Es posible... ¡Espera! (**Abre la puerta del fondo.**) Señores músicos, una polka. (**Toca la orquesta**) ¿Vamos a bailar?

Casto ¿Los dos solos?

Max. ¿Puesto que no hay nadie más? Pero esto hará creer a la gente que el baile está en todo su apogeo. (**Bailando.**) Acerquémonos al balcón para que nos vean... Ya subirán.

Casto Pero no pierdas el compás.
Max. ¡Qué importa!... ¡Desde abajo no se nos ven los piés!

ESCENA V

DICHOS y CAMPILLO, luego LOLA

Camp. (Entrando.) Pero qué buen humor teneis... o qué afición al baile, si os parece mejor.
Casto Campillo... Haz el favor de bailar un poco con mi mujer.
Camp. Con mucho gusto. (Baila con Maximina.)
Max. Amigo Campillo... bailemos delante del balcón.
Camp. ¿Por qué?
Max. Porque cuando bailo, tengo necesidad de aire puro.
Casto Ya era hora de que esto comenzara a animarse.
Camp. Habeis empezado el baile en familia.
Max. Sí, mientras esperábamos...
Camp. (Dejando de bailar.) Pues es mejor que esperéis sentados.
Max. ¿Por qué?
Camp. Porque todo el mundo está en casa de Moreda.
Casto De...
Camp. Lo que oyes. (Cesa la música.) Aquéllo está espléndido. Acabo de dejar allí a mi mujer y me he dicho, la amistad tiene sus deberes. Voy a ver a esos infelices de Ripamilán.
Casto Te lo agradezco.
Max. Usted es un amigo.
Camp. Yo soy un hombre capaz de todos los sacrificios... y si he dejado aquella hermosura de baile, es porque la amistad nuestra así lo reclama.
Max. También vendrá aquí gente.
Camp. Lo dificulto. Ya sabeis que el ministro ha llegado esta tarde y ha prometido ir al baile de Moreda.
Casto ¡Va ir el ministro a su casa!
Camp. Toma, por eso está allí todo el mundo.

Max. Y nosotros nos quedaremos así...?
Casto Que le vamos a hacer...
Max. ¡Ese hombre!... ¡¡Ese hombre!!...
Lola (Entrando.) Mamá... Hacen falta servilletas para las bandejas... Vamos a sacarlas.
Max. Vamos, hija... Con permiso de usted, Campillo.
Camp. Está usted en su casa.
Max. ¡En seguida vuelvo! (Aparte.) ¡Es curioso!... ¡Campillo es un buen amigo nuestro y, sin embargo, sólo nos dice cosas desagradables! (Vase con Lola.)

ESCENA VI

CASTO y CAMPILLO

Casto Oye... Has oído hablar allí de nosotros.
Camp. De ti, sí.
Casto ¿Y qué dicen?
Camp. Que pensar en cupletistas a tu edad es una indecencia.
Casto ¿De modo que se habla de mí y de la Andalucita?
Camp. Ya lo creo. Se habla de tu generosidad... de tu traje de gitano, del teléfono...
Casto Es raro. ¿Y quién ha podido decirlo?
Camp. Yo no he sido.
Casto Pues tú eres el único que lo sabes.
Camp. Entonces es posible que haya sido yo. Pero lo he contado de una manera discreta... Y no he dicho que confundieron a tu mujer con una modista y que todo era pura broma sin consecuencias.
Casto ¿Pura broma sin consecuencias? Campillo... ¡Vas a asombrarte! Tú eres un amigo, y puedo confiarme a tí! Además, tengo necesidad de desahogar mi pecho... ¡Campillo, soy un miserable! ¡¡Yo he engañado a Maximina!!
Camp. ¿Tú?
Casto ¡Mis relaciones con la Andalucita no son una farsa!...
Camp. ¿Qué me cuentas?

Casto ¡Que no he sabido mantener mi juramento! ¡Que me dejado seducir por los encantos de esa mujer! ¡Que he sido curioso y he querido observar lo que había en la vitrina!

Camp. ¿Pero eso es un sueño?...

Casto ¡Lo que te digo es la propia realidad! ¡Y hay más, Campillo! ¡La Andalucita me adora!

Camp. ¿A tí?

Casto ¡Está rendida, esclavizada, loca de amor por mí!

Camp. ¡Casto... me anonadas!

Casto Cada media hora recibo una carta suya, de la que me exige recibo y respuesta. (Buscando en sus bolsillos.) ¡Mira... aquí tienes cartas suyas! Comprenderás que por caballerosidad no debo leértelas.

Camp. ¡No debes leérmelas!

Casto Pero te las voy a leer para que te convenzas. No creas que lo hago por amor propio, es para persuadirte nada más. Abriré una al azar. (Leyendo) «Encantador Castito: Tú me has dado, al fin, esa alegría suprema que yo ambicionaba y que durante tanto tiempo busqué en vano. Hoy, gracias a tí, lo sé todo... ¡todo! Te adora tu Andalucita.» ¿Lo ves?

Camp. Y a eso ¿qué has contestado tú?

Casto Unos versos.

Yo soy un banquero de tí enamorado
y mi alma es un cheque que tú ya has co-
[brado.

Camp. Qué precioso pareado.

Casto Tengo un desarrollo de facultades desconocido. Yo creí que todo era una broma.

Casto ¡Ya ves cómo ella lo afirma!

Camp. (Aparte.) ¡Entonces el plan de Moreda, es un plan serio! (A Casto) ¡Casto, parece imposible!

Casto ¡La naturaleza del hombre es un arcano!

Camp. Pero ¿y si tu mujer sospechara estas verdaderas relaciones!...

Casto ¡Sería horrible! Calla, que aquí viene... ¡Ni una sola palabra de alusión!

ESCENA VII

DICHOS y MAXIMINA

Max. (Entrando por el foro.) ¿Aún no ha venido nadie?

Casto ¡Es inexplicable!

Camp. Al contrario. Se explica perfectamente. Ya os lo previne.

Max. Tiene usted razón. Hemos fracasado por completo. Mandaré apagar las luces y cenaremos en familia... Mañana será otro día y pensaremos el modo de dar un balazo en la cabeza a ese chisgarabís de Moreda, sin incurrir en responsabilidad.

Casto Bueno. Que vayan apagando los salones que no dan a la calle, por si acaso viene alguien.

Max. No vendrá nadie. Campillo, ¿quiere usted acompañarnos en el triste acto de la cena?

Camp. Tendré mucho gusto en acompañarles para que no cenen solos.

Max. Voy a mandar que nos preparen la mesa... ¡Tanto pavo trufado como había dispuesto!...

Camp. Pero me permiteréis qne vaya en un momento a decirle a mi mujer que no la extrañe si tardo un poco. Como tengo abajo el automóvil de Moreda, voy y vuelvo en un momento. Cosa de cinco minutos. Hasta ahora mismo. (Mutis.)

Max. ¡Este Campillo no tiene pizca de vergüenza!... Se pasea en el automóvil de Moreda, y no tiene inconveniente en sentarse a cenar con nosotros. ¡No sé si será más fresco el Guadarrama! (Mutis.)

Casto (Solo.) Tiene razón mi mujer, pero el mundo está lleno de viceversas... Puede que Campillo lo haga sin intención... porque sin intención me he enamorado yo de la Andalucita, y nadie al saberlo lo creerá así... Esta es su carta de hace hora y media. (Leyendo una carta que saca del bolsillo del pantalón.) «¡Tú lo has querido, Castín! El amor era para mí un libro cerrado; tú lo has abierto por un capi-

tulo delicioso; es preciso llegar hasta el índice!...» Es para chuparse este otro índice de gusto. (Se chupa el dedo.)

ESCENA VIII

CASTO y FRANCISCO

Fran. (Entrando por el foro.) Mi querido don Casto...
Casto ¿Qué hay, Francisco? La verdad es que no parece usted el mismo de todos los días.
Fran. Muchas gracias, señor.
Casto Cualquiera dice que es usted un modesto empleado.
Fran. ¡Hace tanto la ropa! Si yo fuera rico, mi primer cuidado sería el de vestir bien.
Camp. Desde el próximo año le subiré a usted el sueldo.
Fran. Creo que es de justicia, don Casto.
Casto Sí, hombre, sí... Lo que usted quiera.
Fran. Pues ya que está usted tan amable, don Casto, voy a pedirle un favor.
Casto Usted dirá.
Fran. Llevo media hora paseando por los salones, subiendo y bajando la escalera, asomándome a los balcones, todo según órdenes de la señora, y vengo a suplicarle a usted que me conceda permiso para sentarme, porque ya no puedo más... La soledad que me rodea me entristece, y cada vez que entro en una habitación vacía, me entran ganas de llorar,
Casto Lo comprendo, Francisco.
Fran. ¡Suenan los pasos de una manera tan lúgubre! Si usted me lo permite charlaré un rato con los músicos... Yo no puedo remediarlo, si no tengo vocación de trapense.
Casto Y el pobre Juan se habrá quedado dormido.
Fran. Sí, señor; le he visto de pie y dormido, he pasado junto a él más de veinte veces
Casto ¿Y Leandro?
Fran. Ese es el único que está bien, metiendo mano de vez en cuando a los sorbetes y a los *sangüiches*... y se está quedando solo.
Casto Dentro de un rato cenaremos y todos estareis contentos. Acompáñeme, Francisco. Va-

mos a ver cómo está y qué hace toda esa gente.

Fran. Me va a parecer mentira no andar solo por la casa. (Mutis por el foro los dos.)

ESCENA IX

CAMPILLO y LUIS

Camp. (Entreabriendo la puerta de la izquierda.) ¡No hay nadie! Pase usted sin miedo.

Luis Los criados están dando cabezadas... Nadie nos ha visto entrar. Bonita manera de recibir a la gente.

Camp. ¿No ve usted que ya no esperan a nadie?

Luis Bueno; ya le he explicado a usted mi plan y ya sabe lo que tiene que hacer, ¿verdad?

Camp. Me lo ha explicado usted claro y yo no soy tonto.

Luis Conste que todo va en interés de Ripamilán...

Camp. Naturalmente. A propósito de interés, no olvide usted que me ha prometido aceptar mi dinero en su casa.

Luis A dieciocho por ciento anual; conforme.

Camp. ¿Me parece que habíamos dicho a diecinueve?

Luis ¡Habíamos dicho a veinte, si todo sale bien!

Camp. ¿A veinte?... ¡Saldrá todo a la perfección!

Luis ¡En sus manos pongo mi suerte!... Sea usted elocuente.

Camp. ¡Como un libro de filosofía! Aguarde usted los acontecimientos en este saloncito. (Por el de la izquierda.) Nadie sabrá que está usted aquí.

Luis No tendría paciencia. Volveré cuando crea que es el momento oportuno... Confío en usted!

Camp. ¡Puede hacerlo!... Váyase tranquilo. (Vase Moreda por la izquierda.) Voy a ver si hago feliz a este pobre Moreda.

(Entra Casto, foro.)

ESCENA X

CASTO y CAMPILLO

Casto Apagaré aquí antes de ir a cenar. (Viendo a Campillo.) ¿Ya estás de vuelta?

Camp. Aquí me tienes. ¿No ha venido nadie?

Casto Estamos dando un baile en una isla desierta.

Camp. Todo lo contrario que en casa de Moreda... ¡Qué concurrencia!... ¡Qué multitud!... ¡Qué apreturas!... Desde que toreó aquí el Gallo no se ha visto tanta gente junta.

Casto ¡Moreda es un canalla!

Camp. Eso es lo que él dice de ti.

Casto ¿De mí?

Camp. Y tiene razón, Casto. Porque al fin y al cabo tú le has birlado la Andalucita, su Andalucita. ¡Es inverosímil! ¡Pero hay que reconocer que se la has birlado!

Casto ¿Y qué?

Camp. ¿Y qué?... ¡Que quiere desafiarte!

Casto ¿A mí? Esa ya me la tenía yo tragada. Pero yo tengo mis principios fundamentales en materia de honor y sólo me batiré... yemas. ¡Batirme con un cristiano... jamás!

Camp. ¡El te arrastrará al desafío!...

Casto El me arrastra y yo no asisto... al arrastre... Asunto concluído.

Camp. Y quedas en ridículo ante los ojos de Cuenca.

Casto ¡Lo que sea! Pero batirme, te digo que no me bato... A mí ese tío no me ve el color de la sangre.

Camp. De todos modos hay que buscarle una solución a este asunto, y puesto que tú rehusas y rechazas la batalla, ¿por qué no aceptas la paz?

Casto ¿Qué es lo que dices?

Camp. Digo que desde hace tiempo debíais haber buscado un arreglo.

Casto ¿Un arreglo?... ¿Y cómo?

Camp. Yo qué sé. Puede que haciendo de vuestras dos casas rivales, dos casas amigas.

Casto ¿Dos casas amigas?

Camp. Si por ejemplo Luis Moreda llegase a ser tu yerno...

Casto ¡El!... ¿El yerno de la casa Ripamilán?... ¡Jamás... mientras yo sea el padre de mi hija!

Camp. Eres muy testarudo y veo que Moreda ha hecho muy bien al tomar las precauciones que ha tomado.

Casto ¿Qué precauciones?

Camp. Puesto que no hay medio de hacerte ceder de otra manera, Moreda está decidido a todo y dispuesto a decirle a tu mujer que la has traicionado y que lo de la cupletista no es una broma.

Casto Mi mujer lo sabe y está orgullosa de ello.

Camp. Sí... Pero lo que no sabe tu mujer es de qué manera comprendes tú el platonismo.

Casto ¡Maximina no lo creerá!

Camp. Evidentemente. Pero cuando le enseñe tus cartitas...

Casto ¿Qué cartas?

Camp. Las que tú has escrito a la Andaluzita y que ella ha remitido a tu predecesor, a título o como una especie de indemnización por las calabazas.

Casto ¡Pero eso es un *chantage!*

Camp. No digo que no. Es un proceder canalla, pero hay circunstancias en la vida que todo es disculpable y se impone la canallada... Yo, yo mismo... (Pausa.)

Casto Continúa hablando.

Camp. Pues bien, sí... Yo sufro viéndote en esta situación... comprometida... Yo tengo tus cartas... Moreda me las ha confiado y yo estoy dispuesto a llevar mi sacrificio hasta el extremo de enseñarle las cartas a tu mujer.

Casto ¿Tú?

Camp. ¡Es un deber penoso, pero le cumpliré! ¡Yo soy un hombre capaz de todos los sacrificios!

Casto ¡Pero tú estás poniéndome el cuchillo en la garganta!

Camp. ¡Por amistad!

Casto ¡Pero suponiendo que yo transigiera, Cam-

pillo, a ti te consta que mi mujer no consentiría nunca en ese matrimonio!

Camp. ¿Y eso qué importa?... ¡Imponle tu voluntad! Es preciso que veas a tu mujer y que abras el fuego cuanto antes.

Casto ¿Pero... así?... ¿De repente?... ¿Esta misma noche?

Camp. Moreda tiene sus razones para no esperar. (Se abre la puerta de la galería y aparece en ella Maximina, que parece hablar con alguien.) Ahí está tu mujer. Yo me quedo aquí, y si tú no vas al asunto derecho, enseño tus cartitas.

Casto ¡Eres un criminal!

Camp. No es momento de palabras gordas.

ESCENA XI

DICHOS y MAXIMINA

Max. ¡Ni un alma! ¿Está usted de vuelta, Campillo?

Camp. Aquí estoy para hacer bulto, pero me parece que no sirvo de nada.

Max. (Tristemente.) Es cierto... Es usted un bulto sin importancia... La cena está dispuesta. ¡Ya no vendrá nadie! Acabo de ordenar que apaguen las luces y lo enfunden todo. Me quedo con la orquesta porque ya está pagada, pero les he dicho que no toquen; si por casualidad viniese alguien, les prevendría para que tocasen, dando dos palmadas... Puedes quitarte el frac rojo.

Casto No me molesta.

Max. Supongo que no tendrás intención de acostarte con él. ¡Me entristece verte así!...

Camp. (Bajo a Casto.) ¡Está abatidísima! ¡Aprovecha la ocasión!

Casto Es verdad. Este es el momento.

Max. ¡Ah, ese hombre! ¡Ese miserable! A él es a quien le debemos esta nueva afrenta.

Casto (Aparte.) No es este el momento...

Camp. Atrévete... porque si no.

Casto ¡No hay más remedio! (A Maximina.) Oye, dulcísima paloma...

Max. ¿Qué quieres?

Casto ¿Sabes lo que pensábamos Campillo y yo?... Pues que en lugar de continuar la guerra contra ese señor Moreda, puede que fuera más razonable entablar la paz.

Max. ¿La paz?... ¿Con?...

Casto Yo sé... yo creo saber, mejor dicho, que él está dispuesto a enarbolar bandera blanca, y la única cosa que pide en cambio de esa actitud...

Max. ¿Qué es lo que pide ese señor?

Casto ¡La mano de nuestra hija!

Camp. ¡Eso es! ¡La mano de Lolita!

Max. ¿La mano de?... ¿El?... ¿Y eres tú?...

Casto ¡Maximina!

Max. ¿Y tú te atreves?...

Casto ¡Cielo mío!

Camp. (Bajo a Casto.) ¡Energía!... ¡Sé enérgico, hombre!

Casto ¡Tienes razón! (Con voz campanuda.) Y para terminar... ¡Yo soy el amo de esta casa, tengo el derecho de ordenar y se hará lo que a mí me dé la gana!

Max. ¿El amo?... ¿Tú?... ¡Así le respondo yo al amo! (Le da un par de sonoras bofetadas. Al ruido la orquesta toca un vals brillante.) ¡He dado la señal, sin querer!

Camp. (Echándose la mano a la cara.) ¿Ha sido a mí?

Casto ¡La cara me echa fuego!

ESCENA XII

DICHOS, LOLA y lugo LUIS MOREDA

Lola (Entra corriendo por el fondo.) ¡Mamá! ¡Papá! ¡Ya llegan los invitados! La calle está llena de coches y la escalera llena de gente.

Max. ¿Eh?... ¿Pero es verdad, hija mía?

Casto ¿Será verdad?

Lola Dicen que viene el ministro y todo el mundo le precede.

Max. ¿El ministro en mi casa? ¿Quién ha podido?...

Juan. (En la puerta del foro.) Don Luis Moreda.

Luis (Entrando.) Yo, señora.

Max. ¿Usted aquí?

Luis Yo, sí, señora, que para acabar de rendirles a ustedes, vengo a devolverles todo lo que les he quitado.

Max. (Mirando a Casto y a Campillo.) ¡Ya comprendo! ¡Esto ha sido un lazo!

Casto ¡Debo estar coloradísimo!

Luis Les cedo a ustedes todo, invitados, ministro, al cual le rogaré que haga diputado a mi suegro, si ustedes me conceden la mano de Lola.

Casto ¡Es todo un caballero... ya lo ves! (Aparte.) ¡Siento mi cara encendida!

Lola ¡Mamá!

Max. ¿Pero tú le quieres?

Lola ¡Con toda mi alma!

Luis ¿Lo oye usted?... (Zumbón.) ¡Querida suegra!

Max. ¡Estoy vencida! ¡Sea lo que querais!

Camp. ¿Y yo me he tomado tanta molestia para un ridículo veinte por ciento?

Max. (A Casto.) Arreglado todo, ya está demás la cupletista.

Casto ¡Esta misma noche iré a romper con ella!

Luis ¡El ministro!... ¡Aquí está el ministro!

(La orquesta toca la Marcha Real.)

Todos (Dirigiéndose al fondo y saludando ceremoniosamente.) ¡Señor ministro!...

Casto (Solo, en el centro de la escena.) ¡¡Insisto en que debo estar coloradísimo!!

(Y cae el telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Enrique F. Gutiérrez Roig

La modelo, diálogo en escenas.
Géneros del Reino, revista cómica.
¡Miedo!... cuadro de costumbres catalanas.
¡No lo verán tus ojos!, comedia en tres actos.
La noche del baile, juguete cómico en un acto.
Arsento Lupin, comedia en tres actos.
Nick Carter, melodrama en seis actos.
El señor Juez, vodevil en cuatro actos.
La loca aventura, comedia en tres actos.
Los trovadores, comedia lírica en tres actos.
La bella Riseta, opereta en tres actos.
El panal de miel, farsa cómico-lírica en dos actos.
La reconquista, vodevil en tres actos.

La antigua Roma. (Sonetos.)
Cascabeles de oro. (Poesías.)

3 0112 117461100

☞ Este ejemplar, impreso exclusivamente para el servicio de las compañías, se vende al precio de **Dos pesetas.**